



EDUCACION MEDICA U.C.



1888  1988 CENTENARIO PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE

Facultad de Medicina

Educación Médica U.C. N° 6 / 88

Comité Editorial

DR. LORENZO CUBILLOS OSORIO
PROFESOR TITULAR DE CIRUGIA

DR. IGNACIO DUARTE GARCIA DE CORTAZAR
PROFESOR ADJUNTO DE ANATOMIA PATOLOGICA

DR. RICARDO FERRETTI DANERI
PROFESOR TITULAR DE MEDICINA

SR. OMAR ROMO VALENZUELA
PROFESOR TITULAR DE EDUCACION MEDICA



Portada:

*"San Juan de Dios rescatando enfermos
del incendio del Hospital Real de Granada",
cuadro de Gómez Moreno, Granada.*

*EDUCACION MEDICA U.C.
editada por la Facultad de Medicina
de la Pontificia Universidad Católica de Chile.*

Inscripción Nº 62.929

*Diagramación e Impresión
Alfabeto Impresores
Lira 140 - Santiago*

Indice

PROLOGO	7
San Juan de Dios: Patrono de los enfermos y de los hospitalarios.	
Dr. Lorenzo Cubillos O.	13
Un médico santo: Giuseppe Moscati	17
BIOGRAFIAS DE SEIS DECANOS	
Dr. Carlos Mönckeberg B.	
Dr. Aníbal Rodríguez V. y Sr. Yanko Michea A.	23
Dr. Luis Calvo Mackenna.	
Dr. Lorenzo Cubillos O. y Sr. Claudio Assadi Z.	29
Dr. Cristóbal Espíldora L.	
Dr. José Espíldora C.	35
Dr. Rodolfo Rencoret D.	
Dr. Hugo Salvestrini R.	39
Dr. Fernando García-Huidobro T.	
Sr. Andrés Diamante N.	47
Dr. Roberto Barahona S.	
Dr. Ignacio Duarte G.	51
ENTREVISTAS, CONFERENCIAS Y ENSAYOS	
Conversando con el Dr. Amador Neghme R.	
Dr. Arturo Jarpa G.	59
El pensamiento de S.S. Juan Pablo II sobre el sufrimiento.	
Mons. F. Angelini	69
Etica y bioética en medicina.	
Mons. F. Angelini	75
Una mirada teológica sobre la procreación humana.	
Mons. Joseph Ratzinger	81
Encuentro con Cristo.	
Mons. A. Sodano	95
Causas médicas de la muerte de Jesús.	
Dr. A. Sepúlveda R.	99
Comentario del Dr. Germán Massa M., O.S.B.	103

Enfermedad, revelación de la condición humana.	
R.P. A. Vergara T., S.J.	105
La Universidad y el estudiante de medicina.	
Dr. J. M. Balmaceda O.	111
Incorporación del Dr. Fernán Díaz a la Academia de Medicina del Instituto de Chile.	
Dr. L. Vargas F.	117
Recuerdos de un radiólogo, homenaje a sus maestros.	
Dr. F. Díaz B.	125
JORNADAS DOCENTE-ALUMNO 1987	
Introducción	
Dr. I. Duarte G.	139
Objetivos "terminales" de la formación en la Escuela de Medicina.	
Dr. V. Valdivieso D.	143
Rol del estudiante como gestor de su propia formación.	
Dr. E. Cruz M.	147
CUARTO ENCUENTRO DE ACADEMICOS DE LA ESCUELA DE MEDICINA (TERMAS DEL CORAZON, LOS ANDES, 1987).	
Educación básica y media en Chile en el siglo XX.	
Prof. G. Vial C.	155
¿Qué es lo permanente en la educación médica?	
Dr. A. Goic G.	173
Bases para una discusión sobre desarrollo académico.	
Prof. N. Majluf S.	183
La educación de un hombre libre.	
Pbro. H. Hernández A.	197
CEREMONIA DE ENTREGA DE TITULOS (ENERO 1988).	
Discurso del Decano de la Facultad de Medicina.	
Dr. R. Ferretti D.	209
Discurso del mejor alumno de la promoción 1987.	
Dra. Claudia Campusano M.	213
INAUGURACION DEL AÑO ACADEMICO 1988 EN LA FACULTAD DE MEDICINA.	
Discurso del Decano de la Facultad de Medicina.	
Dr. R. Ferretti D.	219
Homenaje a un grupo de académicos de vasta trayectoria en la institución.	
Palabras de despedida a dos profesoras de la Escuela de Enfermería.	
Srta. Eliana Gaete Q.	228

Sra. Rina Pérez A.	229
Sra. Lilian Viveros P.	230
Palabras de despedida a siete profesores de la Escuela de Medicina.	
Dr. Gastón Chamorro S.	231
Dr. José Espíldora C.	232
Dr. Francisco Quesney L.	233
Dr. Juan R. Olivares A.	234
Dr. Juan Pefaur O.	235
Dr. Pablo Thompsen M.	236
Dr. José Manuel Ugarte A.	237
Dr. Augusto Winter E.	238
Homenaje de despedida al Dr. Fernán Díaz Bastidas.	
Discurso del Dr. R. Ferretti D.	239
Discurso del Dr. Isidro Huete L.	241
Porque murieron por nosotros, siguen viviendo entre nosotros.	
Fr. R. Iturriaga C., O.F.M.	243
Indices acumulativos de revistas N^{OS}. 1 al 5 (1983 - 1987).	245

Oración Médica

*Jesús, médico de los hombres.
Quiero que seas:*

*Luz
en mis conocimientos profesionales.*

*Amor en mis esfuerzos
de sanar al hombre.*

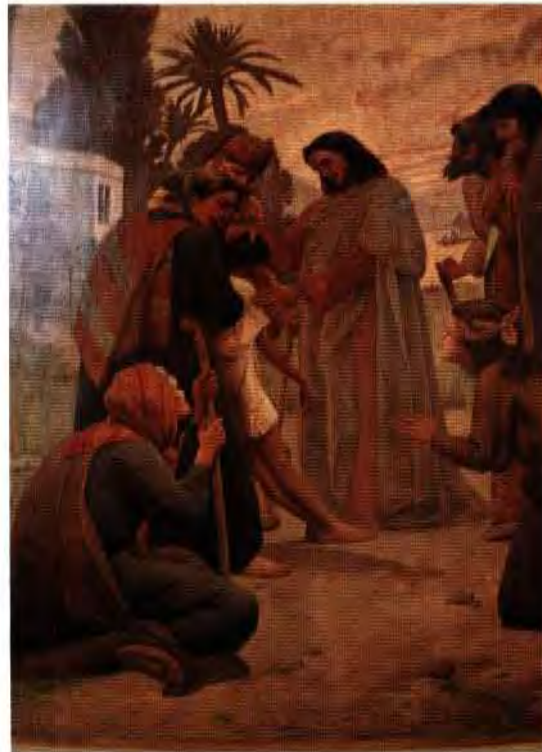
*Vida en la salud
que llevo a los enfermos.*

*Esperanza
en las palabras de consuelo.
Camino en mis pasos
para aliviar los dolores del mundo.*

*Jesús, médico de todos.
Yo te cuidaré
en todo hermano que sufre.*

*Bendice a todos los enfermos.
Concédeme amar y ser generoso.
Jamás quiero venderme al dinero,
a la política, al poder,
a la comodidad.*

*Jesús, médico bueno.
Recibe mi oración,
santifica mi trabajo.
Haz digna mi persona
y mi profesión.*



“Jesús sanando a los enfermos”, obra del artista chileno Pedro Lira Rencoret (1906). Este mural fue pintado en la Capilla del antiguo Hospital Psiquiátrico de la calle de Los Olivos y rescatado de ella cuando estaba próxima a derrumbarse. Actualmente ocupa un lugar céntrico en la Catedral del Obispado Castrense, dedicado a Nuestra Señora del Carmen, Providencia.



*MATER DOLOROSA DE LA UNIVERSIDAD DE LUBLIN,
POLONIA*

Este patético cuadro, que muestra a la Santísima Virgen con el cuerpo exánime de Jesucristo en sus brazos, refleja el inmenso sufrimiento de la Madre por la muerte de su Amado Hijo: Es la expresión máxima del Sufrimiento Salvador.

Seguramente, cuando S.S. Juan Pablo II obsequió esta hermosa obra a la Pontificia Universidad Católica de Chile, en nombre de su carísima Alma Mater, la moderna Universidad de Lublin ("Encuentro con el mundo de la cultura y los constructores de la sociedad", Santiago, abril de 1987) quiso expresarnos su paternal cariño y recordarnos que en el misterio de la Muerte y Resurrección de Cristo está la clave de la Salvación de la Humanidad.

(Esta pintura se encuentra ubicada en la Sala del Consejo Superior de la Casa Central de la Universidad.)



Señor Cardenal JUAN FRANCISCO FRESNO LARRAIN

Arzobispo de Santiago

Gran Canciller de la Pontificia Universidad Católica de Chile

La celebración del día de la Pontificia Universidad Católica de Chile adquiere este año un significado y solemnidad especial dado que se conmemora el centenario de su fundación. La consideración del servicio prestado por ese benemérito centro académico durante sus primeros cien años de existencia en la Nación chilena es motivo de particular gozo y de acción de gracias a Dios. Por las aulas de esa Universidad han pasado un gran número de profesionales que han recibido, además de un elevado nivel de ciencia y competencia en las distintas áreas del saber, un vivo amor a la verdad y, por ello, han incidido de manera decisiva en la formación de una cultura específica en la que se hacen presentes los valores evangélicos, tan importantes para una recta concepción de la vida, de la libertad y del progreso. En efecto, la cultura supone y exige una visión integral del hombre entendido en la totalidad de sus capacidades morales y espirituales, es decir, de acuerdo con su vocación última y trascendente.

El hecho de celebrar esta significativa efemérides en la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús propone a cuantos forman parte de esa gran familia universitaria un ineludible compromiso que ha de traducirse en programa de vida y de acción. Como es sabido, el objetivo que convierte una institución educativa y de investigación en Universidad, es decir, lo que constituye el núcleo común de las diversas ramas del saber es sobre todo la permanente búsqueda de la verdad "de la cual Dios es la única y suprema fuente" (Redemptor hominis, 19), pues la verdad tiene su origen en el mismo corazón de

Dios. En el designio divino, "el misterio escondido desde los siglos en Dios, creador de todas las cosas" (Ef 3,9) es Cristo. En El tiene consistencia la verdad. El es "la verdad" (cf. Jn 14,6). El es, por consiguiente, el objetivo primero y último que inspira el quehacer de toda Universidad Católica, dando sentido al progreso y a los descubrimientos que conduzcan a lo verdadero, bello y bueno, y que en cuanto tales potencien y favorezcan el bien del hombre y de la sociedad.

Al desempeñar esta misión de búsqueda de la verdad, del bien y de la belleza, esa Universidad, en íntima comunión con los legítimos Pastores, ha de reflejar siempre, sin disimulos, su propia identidad católica haciendo de Cristo y de su mensaje salvador el centro y razón última de su vocación de servicio al hombre y de su empeño por construir entre todos una sociedad más justa y fraterna.

En esta conmemoración jubilar deseo exhortar a todos los componentes de la Pontificia Universidad Católica de Chile a un renovado esfuerzo por hacer cada vez más presente su misión como garante y promotora de la verdad, la libertad, la justicia; a una constante mejora del nivel científico y técnico de sus Facultades y Departamentos; a un deseo de superación en la competencia y dedicación del profesorado, estudiantes y personal auxiliar.

El recuerdo de su fundador y de cuantos le han dado vida durante este ya largo período de tiempo ha de ser exigencia y estímulo para cumplir con renovada fidelidad la noble misión que la Iglesia le encomendó y le sigue encomendando, esto es: promover al hombre en su dimensión más profunda, adecuando los medios a los fines, los proyectos a los ideales, los comportamientos a los principios morales que permitan restablecer en la sociedad de hoy el alterado equilibrio de valores.

Mientras viene a mi memoria el entrañable encuentro con los profesores y estudiantes de ese centro universitario durante mi visita pastoral a la amada nación chilena, deseo recordar aquellos principios que han de mantenerse para que las tareas universitarias sean un auténtico servicio a la cultura: identidad de la fe sin adulteraciones, apertura a cuantas fuentes exteriores de conocimiento puedan enriquecerla, discernimiento crítico de aquellas fuentes conforme a aquella identidad. "Sin la identidad inamovible de la fe cristiana, los préstamos exteriores se convierten en fáciles y transitorios sincretismos que el tiempo disipa. Sin la necesaria apertura a esas otras fuentes tan variadas y ricas

en nuestra época, el pensamiento cristiano se angosta y queda atrás. Y sin el indispensable discernimiento crítico se producen síntesis aparentes, ruinosas, que tanto dañan hoy mismo la conciencia de los fieles" (n.8).

Señor Cardenal, junto con mi palabra de aliento a todos los miembros de esa familia universitaria para que sean siempre verdaderos promotores y mensajeros de una cultura de vida, que exprese la solidaridad de todos los chilenos y que reconcilie los elementos contrapuestos, le ruego transmita mi cordial felicitación en esta gozosa circunstancia al Señor Rector, D. Juan de Dios Vial Correa, a las autoridades académicas, profesores, alumnos y personal auxiliar.

Al manifestar mi reconocimiento por la labor realizada a lo largo de este tiempo en favor de la Iglesia y de la sociedad, elevo mi plegaria al Todopoderoso para que ese centro universitario siga realizando su misión de servicio, mientras imparto a todos con afecto una especial Bendición Apostólica.

Vaticano, 3 de junio de 1988

Joannes Paulus PP II

Prólogo

Apreciado lector:

Este año nuestra Revista luce de gala y aparece como un volumen extraordinario, contribuyendo al jubileo centenario de la Pontificia Universidad Católica de Chile. En situaciones tan especiales como ésta, es lógico que nos esforcemos por ofrecer lo mejor, pero, además, la conmemoración de los Cien Años es una instancia de reflexión.

Debemos reencontrarnos con los objetivos con que nació nuestra "Alma Mater", en toda su pureza y sencillez, los cuales siguen siendo norte luminoso en la solución de la problemática del mundo presente y futuro. Para nadie es extraño que vivimos tiempos difíciles, en que hay una crisis profunda en la valoración del hombre, con olvido de que éste fue hecho a imagen y semejanza del Creador.

Nuestro Rector nos decía, en un momento dramático en que se inauguraba el Año Académico 1988: "Nos tocan tiempo para el valor..., para el valor de mirar en la cara nuestro propio destino, de preguntarnos qué es lo que Dios quiere de nosotros, sin poner nada de nuestra ambición o vanagloria. Porque de una cosa no podemos dudar, y es que en la misma medida en que arrecian las dificultades, se alzarán con mayor fuerza la mano del Señor que nos llamó a esta tarea. Y si queremos mirarlo a Él, y no detenernos en nuestros propios prejuicios, Él irá abriendo nuestro camino e iluminando el suelo que pisamos. Sólo se nos pide que seamos fieles, que seamos humildes, que no le demos lugar al temor, que no queramos otra cosa que amar".

Debemos afrontar el desafío con Fe, con la misma valentía, fortaleza y optimismo con que nuestro Sumo Pontífice recorre el mundo en su maravillosa Misión Evangélica.

¡Qué privilegiados somos! Hace un año tuvimos la dicha de su visita a nuestra Universidad y en el acto solemne del "Encuentro con el Mundo de la Cultura y con los Constructores de la Sociedad", dio comienzo a nuestro año jubilar, que ha traído muchas bendiciones a nuestra institución.

En esa oportunidad S.S. el Papa Juan Pablo II, dirigiéndose a nosotros, nos recordó: "De modo más concreto y específico, vuestra responsabilidad se proyecta sobre el pueblo chileno y es una responsabilidad moral que tenéis ante Dios y ante vuestras conciencias".

En la solemnidad litúrgica del Sagrado Corazón de Jesús, día de la Pontificia Universidad Católica de Chile (viernes 10 de junio de 1988), se celebró una Misa de Acción de Gracias en la Catedral de Santiago. Esta fue presidida por

el Sr. Cardenal Arzobispo de Santiago y Gran Canciller de la Pontificia Universidad Católica de Chile, S.E. Rvdma. Monseñor Juan Francisco Fresno Larraín, el cual dio lectura al mensaje que envió especialmente S.S. Juan Pablo II, en esta ocasión, y del cual destacamos: "Al desempeñar esta misión de búsqueda de la verdad, del bien y de la belleza, esa Universidad, en íntima comunión con los legítimos pastores, ha de reflejar siempre, sin disimulos, su propia identidad católica, haciendo de Cristo y de su mensaje salvador el centro y razón última de su vocación de servicio al hombre y de su empeño por construir entre todos una sociedad más justa y fraterna".

Al cumplirse los diez años del extraordinario Pontificado de S.S. Juan Pablo II (22.10.1988), a través de estas modestas líneas le enviamos un cordialísimo saludo, impregnado de gratitud, de admiración y de entusiasta e incondicional fidelidad.

Como expresión de simpatía y reconocimiento a su persona, reproducimos el hermoso cuadro de la Madre Dolorosa de la Universidad de Lublin, su Alma Mater, que con tanta emoción y cariño obsequió a nuestra Universidad en 1987.

En esta edición hacemos una incursión hagiográfica en torno a dos hombres de caridad cristiana sin límites:

El primero, San Juan de Dios, contemporáneo de los conquistadores de Hispanoamérica, quien a través de su modesta y abnegada vida en favor de los enfermos alcanzó las mayores conquistas del espíritu. Su vida heroica se retrata en la bella pintura de Gómez Moreno, que presentamos en la portada.

El segundo santo es un médico clínico contemporáneo, el Dr. José Moscati, profesor de la Universidad de Nápoles, que a comienzos de este siglo consagró su vida al servicio de los más pobres, y hasta el último momento de su existencia. Comentando su vida, el Dr. J. Fallani nos dice: "Moscati demuestra que la santidad puede estar en el mundo, en la vida cotidiana, en el trabajo, en la profesión, sin pasar por alteraciones reductivas, sino ardiendo serenamente como una luz en la noche".

El actual Sumo Pontífice, con mucha sabiduría y para alentar a los médicos de nuestros tiempos en el camino de la santidad, a través de su ejercicio profesional, canonizó recientemente al Dr. José Moscati (25 de octubre de 1987).

Avanzando por la "Vía Dolorosa", incorporamos dos contribuciones relacionadas con el significado cristiano del sufrimiento humano. La primera, refleja el pensamiento de S.S. Juan Pablo II, expresado por Monseñor Fiorenzo Angelini; y la segunda, la desarrolla el R.P. Ignacio Vergara, S.J., bajo el título "Enfermedad, revelación de la condición humana". A ellas se agrega el mensaje de un gran amigo nuestro, Monseñor Angelo Sodano, quien en una reunión con los médicos de la Academia de San Lucas dictó la charla "Encuentro con Cristo".

En este año centenario, nuestra Universidad Pontificia se ha honrado con la visita sucesiva de dos grandes autoridades eclesíásticas: Monseñor Fiorenzo Angelini, Arzobispo y Propresidente de la Comisión Pontificia para la

Pastoral de los Agentes Sanitarios, y el Cardenal Joseph Ratzinger, Prefecto de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, del Vaticano. Cada uno dictó una brillante conferencia magistral: el primero, sobre el tema "Ética y Bioética en Medicina"; el segundo, Monseñor Ratzinger, disertó sobre "Una mirada teológica sobre la procreación humana", tema que reforzó el documento "Instrucción sobre el respeto a la vida humana naciente y la dignidad de la procreación", publicado y comentado ampliamente en la Revista Educación Médica N° 5, 1987. Esta conferencia atrajo una nutrida concurrencia y despertó gran interés en el público universitario.

La creciente motivación por los temas éticos, en nuestra comunidad académica, se reflejó claramente en el Primer Congreso de Ética Médica organizado por la Facultad de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile, cuya temática central fue "El respeto y promoción de la persona humana en la medicina moderna".

Este evento, que alcanzó un éxito extraordinario, fue inaugurado con una conferencia del Rector de nuestra Universidad, Dr. Juan de Dios Vial Correa, y contó con la participación de distinguidas figuras nacionales e internacionales del campo de la Ética Médica. Los textos de las conferencias serán publicados en 1989 por la Unidad Docente Asociada de Ética Médica de nuestra Facultad de Medicina.

Hemos invitado a participar en nuestras columnas al Dr. A. Sepúlveda con el tema "Causas médicas de la muerte de Jesús", enfoque poco usual, pero válido desde el punto de vista científico-humano. Sin embargo, dado que Jesucristo no sólo es hombre, sino que por sobre todo también es Dios, es ineludible el comentario teológico complementario: Cristo sufrió en la cruz el dolor físico en grado máximo, pero sin duda su mayor dolor fue el moral, como Dios ofendido, despreciado y humillado por los hombres, sacrificio que ofreció con Amor por la redención de la Humanidad. El Dr. Germán Massa, médico y monje benedictino, con toda gentileza nos ha colaborado con el comentario teológico pertinente.

Para afianzar el conocimiento de las raíces históricas de nuestra comunidad médica y rendir un homenaje a los primeros seis Decanos de nuestra Facultad de Medicina, publicamos las semblanzas de los profesores Carlos Mönckeberg Bravo, Luis Calvo Mackenna, Cristóbal Espíldora Luque, Rodolfo Rencoret Donoso, Fernando García-Huidobro Toro y Roberto Barahona Silva. Todos ellos fueron hombres extraordinarios, de gran calidad humana, los que, con su talento profesional y esfuerzo, descollaron en la medicina chilena como pioneros o grandes cultores de la Obstetricia, Pediatría, Oftalmología, Cirugía, Farmacología y Anatomía Patológica, respectivamente. Ellos representan, simbólicamente, las sólidas columnas en que descansa la historia de nuestra Facultad en sus primeros treinta y seis años de vida, la cual emerge en el presente y se proyecta promisoriamente hacia el futuro.

El 26 de julio de 1987 se enlutó la medicina nacional con la muerte del profesor Dr. Amador Neghme Rodríguez. Su deceso afectó todos los aspectos de su multifacética personalidad. Sin embargo, deseo destacar su enorme importancia en el campo de la Educación Médica, lo cual es reconocido unánimemente por todos los expertos en la materia. Para rendir un homenaje póstumo a tan distinguido maestro, solicité la contribución del

Dr. Arturo Jarpa Gana, quien con un profundo conocimiento de su personalidad escribió su biografía: "Amador Neghme Rodríguez, el universitario, un infinito...". De ella señalamos:

"Su recuerdo es para mí una vida apasionada en la búsqueda de la Verdad, lo Bueno y lo Bello y su permanente difusión. Su obra se prolongará por fluidos desconocidos más allá de los que tuvimos la gracia de conocerlo y ser motivados por él en nuestra formación y más allá de sus escritos. La vida virtuosa de un hombre no tiene tiempo ni espacio, entra en lo infinito". El profesor Jarpa dedicó para nuestra Revista el tema "Conversando con el Dr. Amador Neghme R."

Dentro de las contribuciones académicas, deseo destacar la colaboración del profesor Dr. José Manuel Balmaceda Ossa sobre "La universidad y los estudiantes de medicina". El Dr. Balmaceda fue el primer profesor de medicina y, tal vez, el más brillante que ha tenido nuestra Escuela: de gran capacidad didáctica, sus clases eran sistematizadas, fluidas, ágiles y atractivas, impregnadas de calor humano, sapiencia y optimismo. El maestro se interesaba y vibraba con los problemas de los estudiantes de medicina, quienes encontrábamos en él no sólo un docente de excepción, sino un verdadero director espiritual.

*En otro enfoque académico resaltamos la brillante figura de un auténtico prototipo de nuestra Escuela, el Dr. Fernán Díaz Bastidas: representante de la primeras generaciones que visitaron nuestras aulas, se ha caracterizado por su mente clara, su gran acervo cultural, su férrea disciplina y su extraordinaria capacidad de trabajo. A él se debe el permanente progreso de la Radiología en nuestra Clínica Universitaria, que siempre ha mantenido un lugar de vanguardia en la medicina nacional. Por ello, se ha hecho merecidamente acreedor al nombramiento de Maestro de la Radiología Chilena y a la incorporación como Miembro de la Academia de Medicina del Instituto de Chile. Con motivo de esta última distinción, la Academia de Medicina del Instituto de Chile tuvo una sesión extraordinaria en nuestra Casa de Estudios, en la cual fue presentado por el profesor Dr. Luis Vargas Fernández, otro ilustre miembro de nuestra comunidad universitaria. A continuación, el Dr. Fernán Díaz disertó sobre el tema "Recuerdos de un radiólogo, homenaje a sus maestros", que publicamos *in extenso*, con la autorización del presidente de la Academia de Medicina, profesor Dr. Armando Roa Rebolledo, quien de esta manera, y en representación de la Academia, ha deseado asociarse a la celebración de este jubileo centenario. Consideración similar es válida para las semblanzas de los doctores Cristóbal Espíldora, Rodolfo Rencoret, que son patrimonio de dicha corporación y están publicadas en el Boletín de la Academia Chilena de Medicina.*

Como en años anteriores, nuestra Revista informa de la vida académica interna de nuestra Facultad, y por ello se publican:

- a) De las enriquecedoras **Jornadas docente-alumno 1987**, dos trabajos seleccionados, obra de los Drs. Vicente Valdivieso D. y Edgardo Cruz M.*
- b) Todas las conferencias dictadas en el **IV Encuentro de Académicos de la Escuela de Medicina en las Termas del Corazón**, evento que ha adquirido carácter tradicional.*

c) *La solemne ceremonia de entrega de títulos de nuestra Escuela, con el emotivo juramento de los nuevos médicos y las cálidas palabras del Decano y de la mejor alumna de la promoción 1987, Dra. Claudia Campusano, y*

d) *La inauguración del año académico 1988, en la cual el Decano informó a la Comunidad de su gestión durante el último año. En esta ceremonia, además, se tributó un merecido homenaje a un grupo de docentes de vasta trayectoria, tanto de la Escuela de Enfermería: las profesoras señoras Rina Pérez y Lilian Viveros, como de la Escuela de Medicina: los doctores José Espíldora C., Francisco Quesney L., Juan R. Olivares A., Juan Pefaur O., Pablo Thompsen M., José Manuel Ugarte A. y Augusto Winter G. Cada uno de ellos, después de una destacada vida profesional en su respectiva especialidad, ha elaborado un breve mensaje para las generaciones futuras.*

La temática de este número extraordinario se cierra con la conmemoración de un acontecimiento que enlutó a la medicina chilena: la tragedia en el Hospital de Niños Manuel Arriarán, ocurrida hace 25 años. En efecto, en el año 1963 se produjo allí una explosión en un quirófano en plena actividad. A raíz de ella, no sólo murieron los pequeños pacientes, sino que también casi todo el equipo quirúrgico. Este hecho trágico y heroico sobrecogió al país y a la medicina chilena y quedó grabado su recuerdo de un modo indeleble en la piedra, como un mensaje para la posteridad:

“Porque murieron por nosotros siguen viviendo entre nosotros”.

Antes de terminar, deseo dejar constancia de nuestro mayor reconocimiento a todas las personas que, de un modo u otro, colaboraron en esta edición especial. En forma muy particular deseo expresar nuevamente mi gratitud al Arzobispado de Colonia, a través de Monseñor Herbert Michel, y al Departamento Internacional de Caritas Alemana, a través de su Director, señor Günter Hölter, por la generosa e importante ayuda económica otorgada, lo que ha hecho posible financiar esta publicación. También quiero consignar mi agradecimiento al Dr. Guillermo Leighton Santelices, por su fiel y generosa colaboración en la corrección de las pruebas de imprenta, y a Alfabetá Impresores, por la magnífica presentación de esta Revista.

Apreciados lectores y amigos, al finalizar, dedico a ustedes estas páginas con singular afecto, convencido de que todo el material que hoy publicamos es un valioso aporte a nuestra formación humana integral y un fuerte estímulo para colocar el sello cristiano en todas y cada una de nuestras acciones, especialmente en aquellas relacionadas con el diario ejercicio de nuestra amada profesión médica.


Dr. LORENZO CUBILLOS O.
Editor Responsable

*Santiago de Chile, 18 de octubre de 1988.
Día de San Lucas, Patrono de los médicos.*

San Juan de Dios: Patrono de los enfermos y de los hospitalarios



AUTOR:
Dr. Lorenzo Cubillos O.

Nació en un hogar muy humilde de una pequeña villa portuguesa de Monte Mayor El Nuevo, el 25 de marzo de 1495. Su nombre original es Juan Ciudad y Duarte. De espíritu inquieto y aventurero, salió de su hogar a los ocho años, desempeñándose en las más variadas actividades como pastor, vendedor de libros, albañil y soldado. Como militar, durante la toma de Fuenterrabía —una pequeña ciudad en los Pirineos que había sido ocupada por los franceses en 1521— fue condenado a la horca por no haber cuidado el botín de guerra, pena que le fue conmutada, en el último momento, por la expulsión del ejército. Sin embargo, cuatro años más tarde, volvió a éste y participó, en 1529, en la defensa de Viena tomada por los turcos, después de lo cual abandonó la vida militar.

A los cuarenta y dos años encontró, finalmente, su vocación. Así, en 1537, oyó predicar en Granada al beato Juan de Avila, conocido por su obra como “El Apóstol de Andalucía”. Las palabras de éste penetraron tan profundamente en su espíritu, que motivaron una completa conversión. El arrepentimiento por la irregularidad de su vida pasada fue tal que repartió todos sus bienes e hizo tales extremos de penitencia que fue recluido como demente en el Hospital Real de Granada. Vivió en carne propia el pésimo trato que, en aquella época, se le daba a los enfermos, especialmente a los con trastornos mentales, lo cual lo llevó a la firme decisión de consagrar su vida al servicio de ellos y de los más necesitados.

Orientado por el maestro de Avila reunió limosnas y comenzó

su obra con la apertura de su primer hospital en Granada, en la calle Lucena, que pronto se llenó con pobres, huérfanos y toda clase de enfermos. En cada uno de ellos veía el rostro de Cristo y los cuidaba con ardiente caridad. Este ejemplo y, sin duda, el impulso del Espíritu Santo, movieron el corazón generoso de algunas personas que no tardaron en incorporarse y continuar su obra; entre otros, Antón Martín, Pedro Velasco, Simón de Avila, Domínico Piola y Juan García. La obra creció de tal manera que el hospital se hizo insuficiente, por lo cual, en 1547, se trasladó al edificio de un antiguo Convento de los Padres Carmelitas, de la calle Los Gomeles.

Al atardecer del 3 de julio de 1549 estalló un terrible incendio en el Hospital Real de Granada. Nadie se atrevía a socorrer a los muchos enfermos. Juan de Dios, quien conocía bien aquel ambiente, fue el único que osó a aventurarse entre las llamas, salvando a todos los pacientes, sin sufrir daño personal.

Al año siguiente, durante un invierno muy crudo, rescató de un río a un joven que estaba en trance de ahogarse. Como consecuencia de este gesto heroico, San Juan de Dios se enfermó gravemente; tal vez tuvo una neumonía, que lo condujo a la muerte. Esta ocurrió cuando oraba de rodillas y con el crucifijo en las manos. El santo entregó su alma al Señor en 1550, un memorable 8 de marzo, día en que la Iglesia recuerda su nacimiento al Cielo.

La vida de este verdadero Apóstol de la Caridad fue la base de la fundación de la Orden de los Hermanos Hospitalarios o Benefactores (Fatebenefratelli) que en forma rápida y entusiasta se propagaron por todo el mundo.

En 1572, San Pío V concedió la aprobación jurídica de los discípulos de San Juan de Dios y, en 1586, el Papa Sixto V transformó las comunidades de los Hermanos Benefactores en una Orden religiosa.

Juan de Dios fue beatificado en 1630 y canonizado en 1690 por S.S. el Papa Urbano VIII. La Iglesia lo proclamó *Patrono de los Enfermos* el 22 de junio de 1886 y el 22 de agosto de 1930 lo declaró *Patrono de los Enfermos y de los Hospitalarios*, es decir, de todos los que se dedican a la asistencia de los enfermos.

La Orden de los Hermanos de San Juan de Dios no tardó en hacerse presente en el Chile colonial, en cuyos hospitales de Santiago, Valparaíso, Concepción, etc., iniciaron sus servicios y dieron a ellos el nombre del santo.

De este grupo de religiosos, durante la Colonia, surgieron médicos eminentes como Fray Pedro Manuel Chaparro, que, por su sabiduría, fue conocido como el "Hipócrates chileno".

Con esta breve semblanza de San Juan de Dios, nuestra Escuela de Medicina rinde un homenaje a este extraordinario santo y a sus continuadores y, junto con ello, reconoce la obra caritativa y silenciosa, varias veces secular, que esta Orden ha desarrollado en los hospitales chilenos, en favor de los enfermos y de los más desposeídos.

NOTA BIOGRAFICA:

Dr. Lorenzo Cubillos Osorio. Nació en Valparaíso el 4 de noviembre de 1926. Estudios humanísticos en el Liceo N° 1 de Hombres de esa localidad. Estudios médicos en la Pontificia

Universidad Católica de Chile (1944-1949) y en la Universidad de Chile (1949-1950). Título de Médico en 1951. Doctor en Medicina y Cirugía en la Universidad de Madrid (1955) y

Doctor en Medicina en la Academia de Medicina de Düsseldorf, Alemania (1958). Médico Residente en el Hospital Clínico de la Pontificia Universidad Católica de Chile (1950-1954) y Residente Jefe desde 1958 a 1965.

Inició su carrera docente como ayudante primero de cirugía en 1965 hasta llegar a profesor titular de cirugía en 1978. Desde 1974 hasta la fecha es profesor jefe del curso internado de cirugía.

Es miembro de la Sociedad Chilena de Gastroenterología, de las Sociedades Médicas de Valparaíso y Temuco y de las Sociedades Quirúrgicas de Argentina, Bolivia, Perú y Barcelona.

Presidente (1980) y Socio Honorario del Capítulo Chileno del American College of Surgeons. Presidente (1986) y Socio Honorario de la Sociedad de Cirujanos de Chile. Miembro Correspondiente de la Sociedad Alemana de Cirugía (1982). Delegado nacional de Chile ante la Société Internationale de Chirurgie (1974 hasta la fecha). Presidente del Comité Certificador de Cirugía General de CONACEM (1984 hasta la fecha).

Presidente de los ex becarios chilenos de la Fundación Alexander von Humboldt (1979 hasta la fecha). Vicepresidente del Instituto Chileno-Alemán de Cultura (1987 hasta la fecha) y director del Instituto Chileno-Austriaco de Cultura (1988).

En 1977 S. S. Paulo VI le otorgó la Condecoración Pontificia de San Silvestre, en el grado de Comendador. Caballero de la Soberana Orden de Malta, desde 1986.

Autor de numerosas publicaciones científicas relacionadas con cirugía general y patología digestiva, especialmente biliar; ha participado en diversos congresos nacionales y extranjeros.

En 1988, junto a un grupo de colaboradores, ganó la ayuda financiera para una investigación clínica sobre "Cáncer vesicular", en el Concurso Nacional de Proyectos de FONDECYT.

Director de la Oficina de Educación Médica de la Pontificia Universidad Católica de Chile (1977-1983). Desde 1983 es editor responsable de "Educación Médica U.C."

Un médico santo



Giuseppe Moscati *

Nació en Benevento (Italia), el 25 de julio de 1880. A los 23 años, después de un brillante doctorado, comenzó la carrera de médico y de apóstol, uniendo la ciencia profunda a una fe activa. Los pobres eran sus clientes preferidos: no aceptaba nunca de ellos ninguna recompensa, antes bien, los curaba a sus expensas y los ayudaba sin darlo a conocer. Su jornada estaba llena de ocupaciones entre el hospital, la enseñanza universitaria, las consultas y visitas médicas, en Nápoles. Un trabajo tan intenso minó su salud. La mañana del 12 de abril de 1927, como cada día, hizo la meditación, fue a la iglesia y recibió la comunión. Regresó a casa y salió para el hospital. Cuando volvió, comenzó a atender las consultas de los numerosos enfermos que lo esperaban. A las 15 horas se sintió mal; se sentó en un sillón, y así, sin agonía, en una perfecta calma, se durmió en el Señor. S.S. Paulo VI lo beatificó en 1975.

Su Santidad Juan Pablo II canonizó al beato José Moscati, en la Plaza de San Pedro, el domingo 25 de octubre de 1987.

Con esta fórmula, hablando *ex Cathedra*, el Sumo Pontífice proclamó Santo a quien fuese beatificado por S.S. Paulo VI el 16 de noviembre de 1975.

“En honor de la Santa e Individa Trinidad, para exaltación de la fe católica e incremento de la vida cristiana, con la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, y con la Nuestra, después de madura deliberación y tras implorar repetidas veces la ayuda divina, oído el consejo de muchos de nuestros hermanos, decretamos y definimos que el Beato José Moscati es Santo y lo inscribimos en el catálogo de los Santos, estableciendo que se le venera devotamente entre los Santos en toda la Iglesia. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”.

* De "L'Osservatore Romano", Año XIX - Nº 44 (983) - Domingo 1/11/87, pp. 1 y 2.

En la homilía pronunciada por el Santo Padre en la Misa de Canonización, destacó a los fieles, como modelo para nuestros días, la figura de este laico que vivió de un modo ejemplar su compromiso cristiano en el ejercicio de la profesión de médico, de investigador y de profesor universitario.

De la alocución del Romano Pontífice hemos considerado pertinente transcribir el texto que sigue:

“La Iglesia pone ante vuestros ojos la figura de un hombre, que, elevado a la gloria de los altares en esta solemne canonización, dice a todos los laicos en la Iglesia:

“¡Considerad... vuestra vocación!” (*1 Cor 1, 26*).

“El hombre que desde hoy invocaremos como Santo de la Iglesia universal se nos presenta como una actuación concreta del ideal del cristiano laico.

“José Moscati, director médico de hospital, insigne investigador, profesor universitario de fisiología humana y de química fisiológica, vivió sus múltiples ocupaciones con todo el compromiso y la seriedad que requiere el ejercicio de estas delicadas profesiones laicales.

“Desde este punto de vista, Moscati constituye un ejemplo no sólo para admirar, sino para imitar, sobre todo por los agentes de la sanidad: médicos, enfermeros y enfermeras, voluntarios y cuantos, directa o indirectamente, están comprometidos en la asistencia a los enfermos y en el vastísimo mundo de la sanidad y de la salud. El se pone como ejemplo también para quien no comparte su fe.

“Sin embargo, fue precisamente esta fe la que confirió a su compromiso dimensiones y cualidades nuevas, las típicas del laico auténticamente cristiano. Gracias a ellas los aspectos profesionales, en su vida, se integraban armónicamente entre ellos, se sostenían uno a otro, para ser vividos como una respuesta a una vocación, y, por lo tanto, como una colaboración con el plan creador y redentor de Dios.

“Por naturaleza y vocación, Moscati fue, ante todo y sobre todo, *el médico que cura*: responder a las necesidades de los hombres y a sus sufrimientos fue para él una necesidad imperiosa e imprescindible. El dolor del que está enfermo llegaba a él como el grito de un hermano a quien otro hermano, el médico, debía acudir con el ardor del amor. El móvil de su actividad como médico no fue, pues, solamente el deber profesional, sino la conciencia de haber sido puesto por Dios en el mundo para obrar según sus planes y para llevar, con amor, el alivio que la ciencia médica ofrece, mitigando el dolor y haciendo recobrar la salud.

“Moscati, recordando las palabras del Señor: “Estuve enfermo y me visitasteis” (*Mt 25, 26*), veía a Cristo en el mismo enfermo que, en su debilidad, en su miseria, en su fragilidad e inseguridad iba a él para pedir ayuda; veía al que estaba ante él como una persona, un ser en el que había un cuerpo necesitado de cuidado, pero también un ser en el que se albergaba un espíritu también necesitado de ayuda y de consuelo.

“‘Acuérdese —escribía a un joven doctor, alumno suyo— que no sólo se debe ocupar del cuerpo, sino de las almas con el consejo, y entrando en el espíritu, antes que con las frías prescripciones que hay que llevar al farmacéutico’.

“En efecto —son también sus palabras—, ‘el médico se encuentra muchas

veces ante almas que están a punto de capitular y volver a los principios hereditarios de los antepasados, están ansiosas de encontrar un alivio, amenazadas por el dolor. Dichoso el médico que sabe comprender el misterio de estos corazones y enardecerlos de nuevo. Dichosos nosotros los médicos, muchas veces incapaces de alejar una enfermedad, dichosos nosotros si nos acordamos que más allá de los cuerpos tenemos ante nosotros almas inmortales, con las que urge el precepto evangélico de amarlas como a nosotros mismos’.

“Por eso, el calor humano con que Moscati visitaba con primor a los enfermos, especialmente a los más pobres y abandonados, acercándose a ellos en el hospital y en sus mismas habitaciones, era tan grande que la gente lo buscaba; su trato era rico de esa bondad respetuosa y delicada que Jesucristo difundía en torno a Sí cuando iba por los caminos de Palestina haciendo el bien y curando a todos (cf. *Act* 10, 38). Por lo tanto, se anticipó y fue protagonista de esa humanización de la medicina, que hoy se siente como condición necesaria para una renovada atención y asistencia al que sufre.

“Moscati, en su constante relación con Dios, encontraba la luz para comprender mejor y diagnosticar las enfermedades y la luz para poder estar cerca de los que, sufriendo, esperaban del médico que les sirviera con participación sincera.

“De esta profunda y constante referencia a Dios extraía la fuerza que lo sostenía y que le permitía vivir con honradez íntegra y absoluta rectitud en su complejo y delicado ambiente, sin llegar a un compromiso. El era el maestro, el director de hospital que no ambicionaba posiciones: si éstas se le atribufan era porque no podían negárselas, y cuando las ocupó, supo ejercerlas con absoluta rectitud y por el bien de los demás.

“Hombre íntegro y cristiano coherente, no dudaba en denunciar los abusos, esforzándose en demoler praxis y sistemas que iban en detrimento de la verdadera profesionalidad y de la ciencia, en detrimento de los enfermos, así como de los estudiantes a los que quería transmitirles lo mejor de sus propios conocimientos. Los estudiantes son los médicos del mañana. Consciente de ello, Moscati pensaba en la calidad de los futuros médicos, tomando postura incluso públicamente para que no fuese en absoluto mortificada su preparación y formación. Preparación y formación que supo encarnar con el ejemplo. Incluso la muerte le sobrevino mientras estaba visitando a una enferma.

“Realmente todo aspecto de la vida de este laico médico aparece animado por esa nota que es la más típica del cristianismo: el amor, que Cristo dejó a sus discípulos como su *mandamiento*. De esta personal experiencia suya del valor central del cristianismo, dejó numerosas muestras en sus escritos. Son palabras que hoy nos suenan casi como un testamento: ‘No la ciencia, sino la caridad es lo que ha transformado el mundo —observaba—; sólo poquísimos hombres han pasado a la historia por la ciencia; pero todos podrán ser imperecederos, símbolo de la eternidad de la vida en que la muerte no es más que una etapa, una metamorfosis para una elevación más alta, si se dedican al bien’.

“¿Cómo no advertir en estas palabras casi un eco de la página evangélica, que hoy hemos escuchado? ‘Me disteis *de comer...*, me disteis de beber..., me hospedasteis..., me vestisteis..., me visitasteis...’.

“¿Cuándo? ¿Cómo?
“¡Deseo a todos, queridos hermanos y hermanas –reunidos aquí en la plaza de San Pedro o esparcidos por las distintas partes del mundo–, deseo a todos que al final de vuestra vida podáis repetir estas preguntas... y recibir la misma respuesta de Cristo!
“Entonces nacerá una luz como la aurora (dice el Profeta)... detrás irá la gloria del Señor...” (Is 58, 8).
“El amor no pasará nunca...
“Lo más *excelente es la caridad*” (1 Cor 13, 8-14).
“¡Amén!”.

**Biografías
de seis Decanos**

Dr. Carlos Mönckeberg B.



AUTORES:

Dr. Aníbal Rodríguez V.
Sr. Yanko Michea A.

Para comprender mejor el nacimiento de la Facultad de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile y la generación de sus primeros decanos es necesaria una breve incursión en los orígenes e historia de nuestra "Alma Mater".

Fundada por el Arzobispo de Santiago Monseñor Mariano Casanova, el 21 de junio de 1888, nuestra Universidad es fruto del idealismo y tesón de un grupo de hombres que, convencidos de lo que hacían, consiguieron transmitir su entusiasmo y movilizar a gran cantidad de gente.

Es importante tener presente que la Universidad surgió como una respuesta a los problemas de la época. En el plano internacional se vivía un profundo proceso de redefinición respecto de la actitud que debía asumir la Iglesia Católica frente al mundo moderno. Esto, a raíz de las encíclicas promulgadas por el Papa León XIII, en las que se indicaba el camino a seguir para resolver los problemas de la sociedad contemporánea en un sentido cristiano. Se crearon, entonces, en toda Europa y América, gran cantidad de universidades católicas.

Mientras en Chile surgía la necesidad de buscar nuevas formas para mantener e incrementar la influencia del catolicismo, especialmente en el plano educacional, se deseaba contar con instituciones religiosas independientes, en un momento en que el laicismo estaba en su auge. De allí nació la Unión Católica de Chile.

Fue precisamente durante la Segunda Asamblea General de esta Unión cuando se discutió y acordó realizar todos los esfuerzos necesarios para crear una institución de enseñanza superior que lograra

conciliar los conceptos de la fe y la ciencia que faltaban en la enseñanza oficial.

La Universidad surgió, entonces, de la idea de crear un centro de estudios superiores destinado a formar profesionales católicos, capaces de asumir la dirección del desarrollo cultural, social y político del país. De este modo se inició una gran campaña de recolección de fondos. En torno a esta idea se unieron personas, familias y empresas que, conscientes de la importancia de esta obra, quisieron testimoniar su compromiso en forma tangible.

El 8 de diciembre de 1888 se inauguró oficialmente la Universidad Católica*.

El 1º de abril de 1889 se iniciaron las clases de la nueva institución, que se definía católica, libre de tutelaje oficial y de la ideología liberal imperante, armonizadora de los aportes de la fe y de la razón, preocupada de las exigencias de la vida social y atenta a apoyar el desarrollo de los más necesitados.

Las funciones educativas comenzaron con sólo cincuenta alumnos, que se agrupaban en un curso de leyes y otro de matemáticas, los cuales dieron origen a las Facultades de Derecho e Ingeniería, respectivamente. El desarrollo de la naciente Universidad, en los primeros años, fue paulatino y progresivo y en ellos surgieron nuevas Facultades.

En 1920 renunció a su cargo de Rector Monseñor Martín Rücker y se nombró a Monseñor Carlos Casanueva Opazo, quien le infundió un renovado impulso y acelerado desarrollo. El nuevo Rector, al asumir su cargo, declaró que estaba en estudio la formación de una Facultad de Medicina con una policlínica, un pequeño hospital, cursos clínicos, laboratorios de investigación y biblioteca. Acrecentó renovadamente sus esfuerzos buscando configurar una Facultad de Medicina compuesta por un cuerpo médico con criterios morales cristianos y para dotarla de una policlínica gratuita destinada a los menesterosos, satisfaciendo, en esta forma, su vocación de servicio. Durante 1928-1929 Monseñor Carlos Casanueva citó a un grupo de médicos para discutir los problemas concretos de la Fundación. Asistieron a estas reuniones los doctores Eduardo Cruz-Coke, Carlos Charlín, Eugenio Díaz Lira, José Estévez, Teodoro Gebauer, Alvaro Covarrubias y Carlos Mönckeberg. Se incluyó a los señores Roberto Barahona y Arturo Atria, alumnos del tercer año de medicina de la Universidad de Chile.

El 17 de junio de 1929 se cursó el decreto de fundación con la aprobación del Gobierno, declarando que definitivamente se constituía la Facultad de Medicina y Farmacia de la Universidad Católica de Chile, con los médicos nombrados por decreto anterior, confirmándose en el cargo de Decano de esa Facultad al doctor Carlos Mönckeberg Bravo. Pero, ¿quién era el Decano Mönckeberg?, ¿qué atributos lo hicieron merecedor de tan alto nombramiento? Las respuestas a estas preguntas están en el homenaje que me correspondió rendir al maestro, en sus exequias (1954), en representación de la Sociedad de Cirujanos de Chile.

Hay seres excepcionales en los que la naturaleza acumula con prodigalidad los más preciados y egregios dones del espíritu.

* "Centenario Pontificia Universidad Católica de Chile", Nº 1, pág. 4. Santiago, diciembre 1987.

Su personalidad se diseña con perfiles inconfundibles y su trayectoria vital aparece jalonada de éxitos logrados en forma tesonera, gradual y noble. Estos triunfos culminan en la realización material de nuevos ideales, desarrollados con preconcebida organización y disciplina, que abren el surco a la incierta y lenta ruta del progreso.

La vida del profesor Carlos Mönckeberg ofrece, como pocas, el ejemplo gigante de una existencia humana, en un individuo de selección, realizada en plenitud.

Nació en Santiago en 1886. En 1901 ingresó a la Facultad de Medicina en la calle Independencia y en 1908 recibió su título de médico-cirujano con nota sobresaliente.

Desde muy joven sus excepcionales condiciones de inteligencia, su firme convicción religiosa, su permanente anhelo de ensanchar el campo de sus conocimientos, lo destacaron entre sus compañeros. En estas cualidades influyeron, sin duda, el impulso atávico de su ascendencia germana y el ejemplo estimulante de su padre, tocólogo y distinguido docente libre.

Antes de recibirse había ingresado como ayudante de la Maternidad del Hospital San Francisco de Borja, donde funcionaba la Cátedra de Obstetricia, dirigida por el profesor Pardo Correa.

Luego de recibido el título de médico, viajó por tres años a Francia, cincelandos sus innatas condiciones oratorias en inmediato contacto con los métodos de destreza clínica y claridad de exposición y síntesis de los grandes maestros franceses. Además, estudió aspectos arquitectónicos y organizativos de las más famosas maternidades de París.

Al regresar a Chile fue nombrado jefe de clínica en la Cátedra de Obstetricia y preparó su documentada tesis sobre "Patología de la gestación", con la cual obtuvo brillantemente el título de profesor extraordinario de obstetricia (1915).

Ese mismo año, el prestigio científico, administrativo, profesional y docente, lo mismo que su corrección, mesura y justo trato con colegas, personal y, especialmente, con sus enfermeras —fuera cuál fuera su situación social o económica— hicieron que la Junta Central de Beneficencia le confiara la dirección del Hospital del Salvador. Allí inició su labor docente, dictando un curso completo para matronas y luego los cursos de "Obstetricia teórica" y "Clínica obstétrica" para los alumnos de la Escuela de Medicina.

En 1921 renunció el doctor Caupolicán Pardo Correa, profesor titular de obstetricia, para trasladarse a la Cátedra de Ginecología. La Facultad de Medicina, por unanimidad, eligió al profesor Mönckeberg como su sucesor. Se trasladó al Hospital del Salvador, donde permaneció hasta 1927, fecha en que la cátedra oficial ocupó el recién terminado edificio de la Maternidad del Hospital Clínico San Vicente de Paul.

El profesor Mönckeberg, desde 1925, logró reanudar la construcción interrumpida de la maternidad planeada para completar el Hospital San Vicente de Paul y servir al populoso sector del área norte. Dedicó durante dos años toda su inagotable energía y su elaborada competencia, adquirida en el estudio de construcciones hospitalarias de las cátedras europeas de obstetricia, para realizar, junto a su hermano Gustavo, experimentado ar-

quitecto, esta proyección de su admiración, vocación y amor por la obstetricia.

La moderna y confortable Maternidad del Hospital San Vicente de Paul, que él transformara en la Clínica Obstétrica Universitaria y forjara en el rígido molde de su personalidad, fue el marco donde el maestro brillara con luz propia e inconfundible, por sus excelentes dotes de expositor eximio y ameno. Para propósitos docentes estaba dotada de un amplio auditorio y de una bien abastecida biblioteca, en gran parte proporcionada por la generosidad del profesor.

Sus condiciones de jefe y organizador, con agudo sentido de la jerarquía, de la disciplina, de la responsabilidad y del cariño por el servicio, hacían livianas su inigualada laboriosidad y eficiencia. La elegante austeridad del profesor Mönckeberg, su empaque académico, la etiqueta y cortesía rigurosa, su atenta reserva, eran normas y hábitos que el maestro se había impuesto porque los consideraba provechosos para el trato entre el jefe y sus subordinados. Pero, ante la enferma o al confrontar un problema difícil o al conocer una desgracia ajena, la delicadeza de su espíritu privilegiado, la cordialidad de su alma noble, su sensibilidad de artista refinado, ganaba de inmediato los corazones y brotaban el afecto, la admiración y la emocionada simpatía.

En el frontis del auditorio, por encima de un gran pizarrón, quien entra por primera vez se detiene frente a una pintura que representa a la pareja humana presidida por el recién nacido, junto a la cual hay un epígrafe en letras doradas, que reza: *"Mujer, Madre y Enferma son tres títulos superiores a todas las grandezas humanas, aprended a respetarlos"*.

En esta forma el profesor Mönckeberg nos descubría su nobleza, su rica sensibilidad humana y nos presentaba la muy hermosa y emocionante finalidad de la obstetricia, que normalmente nos gratifica con el excelso regalo, que jamás puede obtener otro profesional: un retoño humano sano y salvo, gritando y llorando para ser entregado como un obsequio a su madre.

El maestro, que bien se conocía, declaraba al terminar su carrera, en una ocasión solemne:

"En mi corazón bordé yo tres dibujos, que son tres amores: el cariño a mi familia, el afecto a mis alumnos y la devoción por mi carrera, y sobre este trípode construí el edificio de mi felicidad, encuadrando mi ideología en el marco de una conciencia rígida".

Realizó el profesor Mönckeberg la más alta aspiración que puede pretender un enamorado de la medicina: crear una Escuela propia, que imparte, difunde y perfecciona las doctrinas personales del maestro. Agrega, a ese mérito extraordinario, el galardón inalcanzable de ser *maestro* de los *maestros* de la obstetricia chilena.

Al leer este magnífico curriculum se comprende con toda claridad por qué el decreto de fundación de la Facultad de Medicina y Farmacia de la Universidad Católica de Chile (17 junio 1929) haya establecido:

"Vista la nota que precede del Rector de la Universidad Católica de Chile, Monseñor Carlos Casanueva, confirmamos en su cargo de Decano de esta Facultad al señor doctor Carlos Mönckeberg".

El profesor Mönckeberg desempeñó su cargo con competencia y dedicación hasta 1932, año en que renunció. Le caben los méritos de haber pues-

to en marcha la naciente Facultad, con todas las dificultades imaginables y de haber estimulado a dos de sus colaboradores, formados al calor de su vocación docente y en el vigor de su disciplina científica, para proyectarse en la docencia de nuestra Escuela de Medicina: al *doctor Arturo Albertz Müller*, primer profesor de histología, con sólida formación en Alemania (1931-1943), y al *doctor Aníbal Rodríguez Velasco*, primer profesor de obstetricia y ginecología (1955-1980).

Monseñor Carlos Casanueva, al terminar el decanato del profesor Mönckeberg, le manifestó: "*Cúmplenos dejar constancia de la gratitud de nuestra Universidad al Director, doctor Carlos Mönckeberg, a quien, como Decano, correspondió la parte más delicada en la fundación de nuestra Escuela y su dirección durante sus tres primeros años tan difíciles y en los cuales no desmayaron su entusiasmo y celo inteligente en su servicio*".

Cerramos esta contribución a la "Revista Educación Médica U.C.", en el año centenario de nuestra Universidad, repitiendo las palabras que pronuncié en el sepelio del profesor Mönckeberg: "*Jamás perecerá su memoria, que vitalizará siempre el idealismo de sus magníficas realizaciones, y su nombre de maestro insuperable será repetido de generación en generación*".

NOTAS BIOGRAFICAS

Dr. Aníbal Rodríguez Velasco. Nació en Santiago el 12 de febrero de 1910. Estudios humanísticos en el Seminario Conciliar de Santiago y colegio de San Ignacio. Estudió medicina en la Universidad de Chile, destacándose por su alto rendimiento en el curso de "Clínica Obstétrica", a cargo del profesor Carlos Mönckeberg. En 1934 aprobó su tesis de grado: "Tratamiento de la tuberculosis en la embarazada" y obtuvo el título de Médico-Cirujano.

Realizó la carrera docente-asistencial completa en la Universidad de Chile, entre 1934 y 1980. Se inició como encargado de curso de "Semiología Obstétrica" y residente en la Clínica Obstétrica del Hospital San Vicente de Paul (1934-1935); continuó en el Servicio de Obstetricia y Ginecología del Hospital Barros Luco, a cargo del profesor Eduardo de Ramón (1936-1965) y, finalmente, sucedió al profesor Eduardo Bunster en la Cátedra y Servicio de Ginecología del Hospital del Salvador, cargo que obtuvo por concurso (1965-1971). En noviembre de 1971, la Comisión de Evaluación Académica lo designó profesor, función que desempeñó hasta 1980.

En la Universidad Católica de Chile inició su carrera docente como ayudante y prosector de anatomía, en las cátedras de los profesores Roberto Aguirre Luco y Cristóbal Espíldora Luque (1930-1934).

En 1955 fue nombrado por decreto profesor de la Cátedra de Obstetricia y Ginecología, cargo que desempeñó hasta 1980. Fue el primer profesor de esta especialidad en esta Univer-

sidad y durante su período patrocinó veintitrés tesis de grado para la obtención del título de médico-cirujano.

Además, realizó la carrera de cirujano de urgencia, trabajando en la Asistencia Pública de Santiago (1934-1947) y en el Servicio de Urgencia y Residencia del Hospital Barros Luco (1937-1955).

En 1962 fue presidente de la Sociedad Chilena de Obstetricia y Ginecología; y en 1976, presidente del Capítulo Chileno del American College of Surgeons, correspondiéndole presidir los congresos anuales de ambas sociedades científicas.

En 1983 recibió el honroso título de Maestro de la Ginecoobstetricia Chilena, que le otorgó la sociedad correspondiente.

Es autor de numerosos trabajos científicos y ha asistido a diversos congresos de la especialidad.

Desde 1980 está retirado de la docencia y de las actividades académicas y profesionales.

Yanko Fernando Michea Acevedo. Nació en Santiago el 4 de octubre de 1965. Realizó sus estudios humanísticos en el colegio San Juan Evangelista. El año 1984 ingresó a la Escuela de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile. En la actualidad es alumno de quinto año.

Fue ayudante-alumno en parasitología (1985-1987) y actualmente lo es en psiquiatría y, *ad honorem*, en cirugía.



AL DR. LUIS CALVO MACKENNA

HOMENAJE A SU OBRA
MEDICA Y SOCIAL



Dr. Luis Calvo Mackenna



AUTORES:
Dr. Lorenzo Cubillos O.
Sr. Claudio Assadi Z.

Con la semblanza de este eminente médico rendimos un homenaje al pionero de la moderna pediatría chilena y el segundo Decano de la Facultad de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

La descripción de su labor en favor del niño está magistralmente sintetizada en el homenaje que le tributó el Dr. Aníbal Ariztía (Q.E.P.D.) en la sesión de la Academia de Medicina del 29 de agosto de 1974, el cual, por la idoneidad del autor, es nuestra principal fuente informativa.

El Dr. Luis Calvo Mackenna nació en Santiago el 18 de octubre de 1883 (día de San Lucas, patrono de los médicos). Sus padres fueron don José Miguel Calvo Ramírez y doña Clorinda Mackenna Serrano. En su matrimonio con doña Julia Eyzaguirre Tagle, por esas cosas paradójicas de la vida, no tuvo descendencia.

Las actividades de su carrera médica, dedicada por entero a la salud y bienestar de la infancia, pueden dividirse en tres etapas sucesivas bien definidas: —la del trabajo clínico y docente; —la labor de pediatría social y preventiva, y —su cooperación al trabajo internacional de lucha contra la mortalidad infantil y la desnutrición.

Graduado de médico en 1907, se inició de inmediato en el trabajo clínico, al lado del Dr. Del Río, en el Hospital de Niños de Avenida Matucana. Con motivo de la jubilación del Dr. Del Río, en 1909, pasó el Dr. Calvo Mackenna a desempeñar el cargo de Jefe de Clínica del sucesor de aquél, Dr. Angel C. Sanhueza, y se graduó enseguida de profesor extraordinario de pediatría.

Durante ese período desarrolla una intensa actividad clínica y docente. Publicó numerosos trabajos en la Revista Médica de Chile y en particular en los Archivos Latinoamericanos de Pediatría, órgano que recogía toda la producción pediátrica en el primer cuarto de siglo de los países de Hispanoamérica y en especial del Uruguay, con Morquio, como su representante máximo; de Argentina, con Araos Alfaro, y de Chile, como una de sus figuras pediátricas más representativas de esos albores de la pediatría. Muchos de los trabajos consistían en comunicaciones sobre casuística nueva y desconocida, tales como el llamado síndrome de Morquio, una variedad de condrodistrofia, la dolicoestelometalgia o síndrome de Calvo Mackenna, y así otros. Aparte de ese tipo de comunicaciones, encontramos muchas otras de Calvo Mackenna en la bibliografía chilena, latinoamericana y francesa, con aportes a problemas pediátricos de la época, tales como piloroestenosis, los vómitos cíclicos o acetónicos, sobre la mancha mongólica, púrpuras, enfermedad de Hirschsprung, los cuadros de hipoalimentación del lactante, sífilis congénita y muchos otros, que dieron renombre y prestigio internacionales a la pediatría chilena en la literatura y congresos internacionales a los que Calvo Mackenna llevaba su representación. También publicó durante su corto período de docencia un pequeño Manual de Terapéutica Infantil, que servía a estudiantes y médicos.

De los diversos viajes al extranjero, efectuados por el Dr. Calvo Mackenna, se destacan sus visitas a los centros pediátricos de París y Berlín, donde realizó su especialización al lado de los profesores Bernardo Marfan y Nouvecourt (1912-1913).

Su espíritu inquieto y original captó pronto que el ejercicio de la pediatría en forma de asistencia individual y curativa era de escaso valor sanitario frente al grave problema de alta morbilidad y mortalidad infantiles de la población.

Ya se revelaba el hombre que hacía de su vida una dedicación constante y tesonera en la búsqueda de mejores condiciones sanitarias para los hijos de su patria, seguramente movido por las altas cifras de mortalidad infantil, que en ese entonces se encontraba entre los peores del mundo.

Junto con iniciar sus actividades clínicas y docentes ingresó en 1907 al servicio del *Patronato Nacional de la Infancia*, institución creada en 1901 por el Alcalde de Santiago, a raíz de grandes inundaciones en la capital, la cual mantenía dispensarios destinados a repartir harina y leche a los niños indigentes de todas las edades. Le bastó un corto tiempo en esa organización para darse cuenta de la esterilidad de ese tipo de ayuda asistencial y elevó entonces un detallado informe al Directorio de la institución haciéndole ver la necesidad de cambiar radicalmente su orientación para volcar todos sus recursos y actividades a proteger la salud y la vida del niño menor de dos años, proponiendo el reemplazo de aquellos dispensarios por consultorios de lactantes o *Gotas de Leche*, cuyo objetivo es controlar la salud y desarrollo del lactante desde su nacimiento y periódicamente por un pediatra, estimular la lactancia al seno, suministrar, cuando es necesario, alimentos complementarios y fórmulas técnicamente preparadas, difundir las nociones de puercultura entre las madres, etc. He aquí un programa de medicina preventiva del niño menor propuesto en 1908 en Chile y que sólo estaba en vigencia en tres o cuatro países de la Europa Central y Francia.

En relación a las Gotas de Leche, muy posteriormente se establecieron en Norteamérica las llamadas "Well Baby Clinics" que son sus equivalentes. En esta labor modernizadora de la asistencia infantil participaron junto a Calvo Mackenna los doctores Roberto y Alejandro del Río.

Estos consultorios o Gotas de Leche, con la reglamentación establecida por Calvo Mackenna, siguen constituyendo hoy la célula básica de toda obra asistencial de la salud preventiva del niño. Este informe y proposiciones tardaron cuatro años en ponerse en práctica y en 1912 se construyó e inició sus funciones la primera Gota de Leche. Luego siguieron otras hasta llegar a contar el Patronato con catorce en Santiago y pronto se vieron los resultados de la nueva política asistencial: la mortalidad infantil que entonces en el país sobrepasaba de 250 por mil, en la población del Patronato oscilaba por debajo de 100 por mil.

Obtuvo el reconocimiento de esa institución, que hasta hoy continúa prestando servicios a la comunidad, siendo designado primero Director y luego Vicepresidente de ella.

A su iniciativa y perseverancia se debe en gran parte la organización del Primer Congreso de Gotas de Leche. En 1919 fue designado presidente de la comisión organizadora de ese congreso, que se inauguró durante las festividades patrias de ese año en el Salón de Honor de la Universidad de Chile y con asistencia del Presidente de la República, don Ramón Barros Luco, y de altas dignidades científicas y gubernamentales.

Del congreso de 1919 salió el esquema de organización de los consultorios de Gotas de Leche; se aprobaron planos tipos para la edificación de ellos, se organizó minuciosamente la inspección domiciliaria de los niños y una mayor cobertura fuera de Santiago.

Aparte de esa labor en el Patronato que realizaba a través de su directorio al que pertenecía y cuando ya la marcha de la institución se hallaba sólidamente encaminada, aceptó, en 1919, el cargo de Subdirector del Hospital de Niños de Av. Matucana, ya denominado Hospital Roberto del Río, desde el fallecimiento, en 1917, del que fuera hasta entonces su director. En este cargo, Calvo Mackenna continuó la obra de su antecesor, modernizando los servicios y aumentando su eficiencia técnica.

También inició su batalla para demostrar a las autoridades que la medicina no puede ser dirigida por los políticos o los filántropos, sino sólo por quienes obtienen ese derecho a través de su título universitario de médico, y más aún, por los especialistas que corresponda.

Es conveniente y oportuno recordar que, entonces, todos los cargos directivos de hospitales y establecimientos de la Junta de Beneficencia eran desempeñados *ad honorem*.

Ya en la década del año 20 los progresos en los conocimientos especializados de la pediatría habían acumulado tal bagaje que exigía a quien deseaba dedicarse a su ejercicio, en la práctica, una consagración exclusiva a la especialidad. Gran número de médicos formados en las escuelas de R. del Río y de Sanhueza se habían encaminado por esas rutas. Luego brotó entre ellos y, en gran parte, bajo la presión del entusiasmo de Calvo Mackenna, la idea de formar una *Sociedad Chilena de Pediatría*. Ello llegó a convertirse en realidad en 1922. Entre sus socios fundadores se contaban los doctores Commentz, Cora Mayers, A. C. Sanhueza, Gilberto Infante, A. Baeza Goñi, Fuenzalida

Bravo, Gonzalo Moraga, Eugenio Cienfuegos, Arturo Scroggie, Julio Schwarzenberg y otros. Designaron una comisión dirigida por Calvo Mackenna, que se encargó de la elaboración de sus estatutos breves y elásticos. El fue designado su primer presidente, siendo secretario el Dr. A. Scroggie.

De inmediato la Sociedad pasó a constituir el entusiasta centro de reunión para intercambiar experiencias y estudios de los pediatras chilenos. En ese mismo año se crearon los *Archivos Chilenos de Pediatría*, que después pasarían a llamarse *Revista Chilena de Pediatría*, publicación que desde su iniciación hasta la fecha actual ha aparecido sin interrupción en sus 52 años de existencia, ocupando un sitio preponderante en la literatura pediátrica de habla española. El espíritu entusiasta de su iniciador, Calvo Mackenna, ha imbuido a las sucesivas generaciones de pediatras que la han tenido a su cargo.

En 1924, durante un viaje a Europa, entregó a las revistas científicas extranjeras numerosos trabajos que llamaron poderosamente la atención de las autoridades médicas españolas, por lo que fue reconocido como miembro académico de la Academia Nacional de Medicina de Madrid.

En 1927 viajó a Montevideo y Río de Janeiro, respondiendo a un llamado que hizo la Liga de las Naciones a los expertos en Protección de la Infancia. Figuró como delegado oficial de América en la Liga de las Naciones, en la sección Amparo y Población Infantil. En cumplimiento de estas funciones recorrió, en 1927, varios países, especialmente Holanda, Italia y Noruega.

Como siempre su atracción por la asistencia infantil era motivada por su aspecto humano y social, no titubeó en aceptar en 1927 cuando el director de la *Casa de Huérfanos*, don Salvador Izquierdo, lo llamó a ser su colaborador y asesor, en calidad de subdirector, dejando el cargo que desempeñaba en el Hospital Roberto del Río.

En la Casa de Huérfanos había una inmensa y prometedora labor por realizar. Ese asilo era para el lactante la antesala de la muerte, con cifra oficial registrada de mortalidad del 65 por ciento. Se regía por los sistemas asistenciales de la época colonial y de la era preantiséptica, lo que significaba que fuese sólo un receptáculo de lo que constituía un desecho de la sociedad: el niño abandonado. Hubo protestas y extrañeza entre los honorables miembros de la Junta de Beneficencia cuando empezaron a plantearse las exigencias mínimas y elementales de un establecimiento cerrado para lactantes.

Las primeras medidas adoptadas por Calvo Mackenna se encaminaron a quitarles a esos seres el baldón que los oprimía por el resto de su vida: la Casa de los Huérfanos se convertía en *La Casa del Niño* y dentro de ella, desde la entrada, a la vista de quienes fuesen a visitarla, en salas de espera, salones, etc., se destacaban letreros diciendo:

“En esta Casa se defienden los derechos del niño”.

De este modo se transformaba el Asilo que recogía semillas de futuros seres inadaptados, en una institución formadora de individuos útiles a la sociedad.

Convenció a las autoridades de que los recursos médico-asistenciales que deberían otorgársele no podrían ser inferiores a los que tradicionalmente sólo se destinaban para los hospitales infantiles. Modernizó los Servicios de Colocación Familiar, para permitir el crecimiento y desarrollo de los niños

asilados en la realidad ambiente en que subsistirían, supervisados por un Servicio Social y Sanitario, eslabón entre el asilo y la comunidad, tanto para recibir a los huérfanos como para controlar su estada en los hogares a que se les enviara.

En cuanto al régimen del establecimiento para los lactantes asilados, ya su Director, don Salvador Izquierdo, con criterio moderno, había iniciado una serie de reformas técnicas con la ayuda de un cuerpo de médicos jóvenes que se habían incorporado al servicio, introducido servicio de enfermería con personal universitario, instalación de servicio radiológico y anatomía patológica, cocina de leche. Esta labor fue ampliamente apoyada y ampliada por el Dr. Calvo Mackenna a su llegada. Esa serie de innovaciones y reformas condujeron en el corto plazo de cuatro años a una reducción espectacular de la mortalidad, del 65 por ciento al 10 por ciento y luego a un 4 por ciento. Las medidas de higiene hospitalarias implantadas, la modernización de la atención pediátrica y los servicios de enfermería habían producido este verdadero milagro de salvación de vidas en el inadecuado y vetusto edificio del asilo.

Se solicitó, entonces, y se obtuvo de la Honorable Junta de Beneficencia un moderno Pabellón de Lactantes. Quedó terminada la obra gruesa de éste en 1929; pero no pudo ser habilitado hasta 1942.

Los halagadores resultados obtenidos antes de contar con el nuevo edificio vinieron a demostrar un hecho de antiguo conocido: la buena medicina no depende del lujo y esplendor del local donde se ejerce, sino de la labor médica que dentro de él se practica. Ello influyó para que cuando se habilitó, doce años después, el nuevo pabellón no se le destinase a la finalidad primitiva, asilo de lactantes, sino a un nuevo y moderno hospital de niños: el actual Hospital de Niños Luis Calvo Mackenna, que pasó a ser la sede de otra cátedra de pediatría.

El Dr. Calvo Mackenna contribuyó y cooperó a la confección de los planos del establecimiento; pero su prematuro fallecimiento a fines de 1937 no le permitió conocerlo habilitado para su nuevo destino. Se le dio su nombre en reconocimiento de su labor en favor de la infancia desvalida. Ocurrió fenómeno semejante al de su maestro el Dr. Roberto del Río, cuya memoria se honró dándole su nombre al hospital que él había dirigido y al moderno establecimiento que después lo sustituyó.

Toda esa labor, que sería largo analizar en todo su significado y valor social en favor de los abandonados, constituyó también una modalidad revolucionaria que era acerbamente criticada por muchos que se decían filántropos y propiciaban convertir toda la asistencia a ese grupo social en el montaje a lo largo del país de asilos de reclusión, mostrando así su ignorancia del valor de la infancia para el futuro del país y de los métodos de salvarla sana de cuerpo y de espíritu.

Por último, la acción de Calvo Mackenna fue requerida en ámbitos más extensos a nivel internacional. Se le llamó a integrar el Comité de Higiene de la Liga de las Naciones y, como Secretario, le correspondió dar cuenta en una de las sesiones generales de la NU en Ginebra, Austria, Francia, Holanda y Bélgica. Enseguida, esa misma organización internacional le encomendó realizar en Chile una encuesta sobre mortalidad infantil mediante un sistema original de investigación que aplicó también en otros países de Hispanoamé-

rica. Consistía en rastrear *a posteriori* la vida y circunstancias que precedieron a la muerte de cada caso registrado. Fue un trabajo arduo y minucioso que con numerosos colaboradores Calvo Mackenna logró realizar con éxito completo. Como resultado de ese estudio aquel organismo internacional envió a Chile una comisión para estudiar el problema de la nutrición.

Las múltiples actividades señaladas impidieron al Dr. Calvo Mackenna manifestar con plenitud su vocación docente. Sin embargo, el profesor no sólo enseña a través de la cátedra, sino que también lo hace mediante su ejemplo, sus acciones y servicios.

Por su alta calidad profesional, sus grandes méritos personales y sus relevantes condiciones humanas, fue invitado por Monseñor Carlos Casanueva a participar en la puesta en marcha de la naciente Facultad de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

En 1932, después de cumplir su período de decano, el Dr. Carlos Mönckeberg Barros, le correspondió sucederle en este cargo. Durante el decanato del Dr. Calvo Mackenna se mantuvo la continuidad académica de esta joven Facultad, pese a la grave crisis político-económica que vivió el país en esa época (1932). En su período no se realizaron obras extraordinarias, pero su labor sirvió para consolidar los cimientos de la nueva Facultad. En pleno ejercicio de su cargo, la muerte lo sorprendió el 2 de diciembre de 1937. En el libro de las Bodas de Oro de la Universidad Católica de Chile (1888-1938) encontramos el relato de su deceso: "En la mañana, hasta las doce del día de su muerte, estuvo en nuestra Escuela examinando los trabajos del Hospital en construcción, las listas de exámenes y demás asuntos de la Facultad. Horas más tarde moría en brazos de su esposa y del Rector de esta Universidad (Monseñor Carlos Casanueva). Su deceso, digno de un cristiano y de un sabio, conmovió a toda nuestra sociedad. Sus restos mortales fueron conducidos a nuestra Universidad, donde se celebraron solemnes exequias. Su sepultación fue una apoteosis al médico sapiente, al hombre de la caridad, al gran cristiano, que alcanzó la plena realización de su vida". Su prematuro fallecimiento fue una pérdida importante, no sólo para la Facultad de Medicina de esta Universidad, sino que también para todas aquellas numerosas instituciones en las cuales prestaba activamente su colaboración.

La generosidad y entusiasmo con que el Dr. Calvo Mackenna cumplió su vocación de servicio en favor de los niños y de la infancia desvalida lo hicieron merecedor del público reconocimiento de la ciudadanía nacional. En efecto, además del hospital de niños que lleva su nombre, en Santiago, en el Parque Gran Bretaña, se puede admirar una hermosa escultura erigida a su nombre, en cuyo granito está grabado el "homenaje a su obra médica y social".

Como epílogo a esta semblanza del Dr. Calvo Mackenna deseamos repetir el sublime pensamiento de nuestra Gabriela Mistral: "Hay la alegría de ser sanos y la de ser justos, pero hay, sobre todo, la hermosa, la inmensa alegría de servir".

NOTAS BIOGRAFICAS

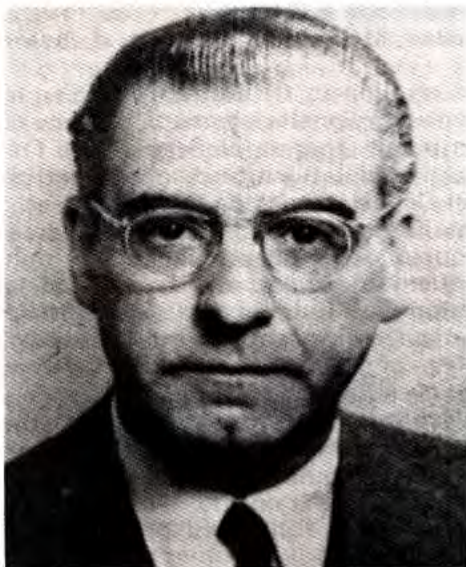
Doctor Lorenzo Cubillos Osorio.
Ver "Educación Médica" N° 6, 1988, pág. 14.

Claudio Assadi Zaror. Nació en Talca el 2 de febrero de 1966. Cursó estudios primarios y

secundarios en el colegio "La Salle", de esa ciudad.

En 1984 ingresó a la Escuela de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile, cursando actualmente el quinto año.

Dr. Cristóbal Espíldora Luque *



AUTOR:

Dr. José Espíldora C.

* Conferencia pronunciada en Sesión N° 194 de la Academia Chilena de Medicina, 22 de agosto, 1984.

La Academia Chilena de Medicina, bajo la presidencia del profesor Amador Neghme, y por intermedio del académico profesor Víctor Manuel Avilés, dilecto y entrañable amigo mío, me ha conferido el honor de rendirle un homenaje, como señera figura de la medicina chilena, al Dr. Cristóbal Espíldora Luque. Una semblanza breve de lo que fue su vida y de lo que sigue y seguirá siendo, pues *está* hasta hoy con nosotros. Como lo expresara el Dr. Alberto Gormaz, su sucesor en la cátedra y jefatura de servicio, con motivo de otro homenaje en el décimo aniversario de su fallecimiento: "él está hasta hoy con nosotros, pues una personalidad como la suya no puede desvanecerse mientras sus seguidores sigan transmitiendo, a su vez, a los suyos la tradición formativa de la que él fuera elemento tan determinante en su parte ética, científica y humana".

Agradezco este inmerecido honor y esta oportunidad para hacer un recuerdo sencillo, pero con mucha emoción, de quien fuera amado y venerado padre, pero, además, un gran amigo y un gran maestro de quien os habla. Tal vez el amor de un hijo puede cegar un tanto la objetividad en el análisis de su obra. La obra y vida del hombre que fuera y sigue siendo modelo de existencia, generosidad sin límites, abnegación ejemplar, anhelo imperecedero de enseñar y entregar a las nuevas generaciones los frutos de su sabiduría y de su experiencia.

Nació Cristóbal Espíldora en Santiago un 19 de diciembre de 1896, descendiendo de una familia originaria de la provincia de Málaga, en Andalucía, España. De recia formación cristiana y con profundas convicciones católicas rea-

liza sus estudios secundarios en el Instituto de Humanidades Luis Campino y luego ingresa a la Universidad de Chile y cursa sus estudios en Medicina. Recibe su título de médico cirujano en 1921. Su tesis de doctorado versó sobre el tema que siempre lo apasionó, "La Etiología del Glaucoma Primitivo". Por sus brillantes estudios fue merecedor del Premio "Clin" 1921, otorgado en aquella época por la Sociedad Médica de Santiago al mejor alumno de cada promoción.

En 1922 se traslada a España, donde revalida su título de médico en la Universidad Central de San Carlos, en Madrid, y, posteriormente, obtiene el Doctorado en Medicina con máxima distinción. Ingresa al Servicio de Oftalmología del Prof. Márquez en el Hospital del Buen Suceso, de Madrid, donde, a corto plazo, es nominado Jefe del Departamento de Refracción.

Contrae matrimonio en 1922 con Amelia Couso Fernández, amantísima esposa e inseparable compañera que conoció desde su permanencia como estudiante en Chile, noviazgo ilusionado que perduró más allá de la distancia y que cristalizó en una unión ejemplar, unión para toda una vida, ejemplo de lealtad, de ternura, de respeto y mutua veneración que ha quedado para siempre entre sus hijos, entre sus nietos.

Durante una permanencia de cuatro años en España, en los que ejerce con brillo la Oftalmología, mantuvo siempre un intenso contacto epistolar con quien fuera su maestro el Prof. Carlos Charlín Correa. Jamás aceptó cortar para siempre los lazos que lo unían con Chile, su amada y verdadera Patria que tanto veneró y por quien hizo tanta entrega de sí mismo. "Todo lo que soy y todo lo que amo se lo debo y está en Chile", solía decir con sincera y verdadera devoción.

Este paréntesis de su existencia, en la que se formó como oftalmólogo, se cerró después de permanecer en viajes de estudios en Francia y Alemania. En 1924 se incorpora al Servicio de Oftalmología del Prof. Morax en el Hospital Lariboisière de París y en 1925 regresa a Chile pletórico de entusiasmos y nuevos conocimientos. El introdujo en el país la microscopia del ojo vivo, la que enseñó con generosidad a sus discípulos. Llega e ingresa como Jefe de Clínica del Servicio de Oftalmología del Prof. Carlos Charlín en el Hospital del Salvador. Maestro y discípulo trabajan juntos y reanudan una amistad que nunca tuvo fin; se estimaban y se querían más allá de la Oftalmología, en una convivencia del espíritu y del intelecto extraordinariamente fructífera para ambos, al extremo de que, como lo ha dicho Alberto Gormaz, "los dos sentían que eran al mismo tiempo el maestro y el discípulo del otro".

Poco tiempo después obtiene la Cátedra Extraordinaria de Oftalmología y dirige durante años el Servicio de Oftalmología del antiguo Hospital San Vicente de Paul. A la muerte de su maestro y amigo Prof. Charlín, es nombrado Prof. Titular y se traslada al Hospital del Salvador como Jefe de Servicio, cargo en el que permanece durante 14 años. Fue además Profesor de Anatomía Descriptiva y Topográfica de la Escuela Dental y de la Escuela de Medicina de la Universidad Católica. Más tarde sería también el Profesor Titular de Oftalmología de esta Escuela.

Es autor de un centenar de publicaciones en revistas nacionales y extranjeras. Sus investigaciones sobre las alteraciones del fondo de ojo en las enfermedades sistémicas, especialmente en la enfermedad hipertensiva, lo llevaron a introducir el concepto del origen hemodinámico de las retinopa-

tías y el carácter secundario de las alteraciones escleróticas de los vasos. Fue firme sostenedor del origen neurovascular del glaucoma primitivo y estableció las bases etiopatogénicas de esta enfermedad. Hoy en día, la literatura médica mundial reconoce la existencia del Síndrome Oftálmico-Silviano de Espíldora Luque, descrito por él en 1934 como resultado y concepción de sus trabajos sobre alteraciones circulatorias cerebrorretinales. Fue autor del libro "Ojo y Linfogránuloma Venéreo" junto con el Prof. Waldemar Coutts y escribió y publicó el libro básico en Oftalmología titulado "Oftalmología Elemental", preciosa herencia para el estudiante de Medicina.

Fue generoso, abnegado y leal en el anhelo apasionado por enseñar sin limitaciones, dando a manos llenas todo cuanto sabía. Esta generosidad, abnegación y lealtad las volcó plenamente en la gestación, organización, desarrollo y progreso de la Escuela de Medicina de la Universidad Católica desde 1926. Como solía decir el Dr. Hernán Romero "por nada y por nadie quebró más lanzas Cristóbal que por la Universidad Católica, a la que dedicó tantos desvelos". Bajo su Decanato, a lo largo de 16 años, pocos deben recordar que construyó el Hospital Clínico de esta Universidad inaugurado en 1939. Sólo Dios sabe de los desvelos y preocupaciones que costaron a mi padre salir adelante y llegar a materializar el anhelo de que su "Escuela de Medicina" contara con su propio hospital. Nadie podrá dudar que el gran avance y el prestigio de esta Escuela de Medicina se revitalizaron desde el momento en que este hospital abrió sus puertas. En reconocimiento a sus servicios prestados, en forma totalmente desinteresada a la Universidad, Su Santidad le impuso la Condecoración Papal de San Silvestre. Al retirarse del Decanato por su renuncia voluntaria, fue nombrado Decano Honorario y la Facultad de Medicina y el Consejo Superior de la Universidad le brindaron un homenaje. Don Pedro Lira Urquieta, Decano de la Facultad de Leyes, habló en representación de la Universidad y entre otros conceptos dijo: "de la nada supo crear una Escuela y organizar una Facultad de las cuales hoy puede enorgullecerse la Universidad Católica".

En el aspecto gremial, tuvo actuaciones en las que trató de valorar la posición del médico frente a la sociedad y también tuvo participación activa como Miembro de la Comisión de Estudio del Estatuto del Médico Funcionario. En el aspecto cívico cumplió siempre con sus deberes ciudadanos y, en los acontecimientos trágicos que ocurrieron durante una oscura época para la Patria, en 1931, tuvo intervención decidida, valiente y efectiva cuando abogó personalmente, junto a un grupo de distinguidos miembros de la Facultad de Medicina, por la libertad en Chile.

Jamás perdió su entusiasmo por la Oftalmología y su curiosidad científica permaneció viva e inquieta hasta las últimas semanas de su vida. En el homenaje póstumo que a nombre de la Facultad de Medicina y del Hospital J. J. Aguirre le rindiera el recordado Prof. Juan Verdaguer Planas, le manifestó la admiración y el afecto de quienes fueron sus colegas, sus amigos y sus discípulos a "este Maestro de la Bondad y Generosidad cuyo tránsito humano dejó un recuerdo imborrable e imperecedero, que quedó y quedará como paradigma en los tiempos venideros de lo que es y debe ser un Maestro en toda la válida y humana extensión del concepto". Así fue y es para muchos: un Maestro en el más estricto sentido de la palabra, un padre bondadoso, lleno de generosidad, un varón justo como lo ha calificado el

Dr. Gustavo Mönckeberg, un incansable y desinteresado trabajador, envuelto en su modestia, pero merecedor del respeto, aprecio y reconocimiento de muchas generaciones pasadas, presentes y aún futuras.

"Qué clases hacía el profesor", confiesa uno de sus alumnos, hoy el Prof. Juan Verdaguer Tarradela. "Al enfermo, en la sala, lo trataba con la misma bondad y gentileza que a nosotros, sus alumnos. Dictaba clases inolvidables cuyo interés no decaía jamás. Incursionaba no sólo en la ciencia, sino también en la literatura y el arte, y no faltaba la fina y liviana nota humorística. Espíldora enseñaba sin pose, sin exhibiciones y sin buscar el alarde de erudición, simplemente quería enseñar, pero al hacerlo desbordaba afecto hacia los muchachos; para nosotros, con el paso de las semanas, más que un profesor era casi un padre".

Incursionó en el periodismo con el pseudónimo de Juan de Alora, desarrollando una temática liviana de sana ironía, o bien negando con bases científicas la existencia de un astigmatismo en El Greco.

Fue fundador de la Academia San Lucas junto con el Dr. Eduardo Cruz Coke, de la Sociedad Chilena de Oftalmología, del Círculo de Profesionales Hispánicos. Miembro del Comité de Redacción de la Revista Médica de Chile, de los Archivos Chilenos de Oftalmología, de los Archivos de Oftalmología de Buenos Aires, de la Revista Oftalmológica de Basilea. Recibió el título de Miembro Honorario o Correspondiente de numerosas sociedades científicas extranjeras, tales como la Sociedad Francesa de Oftalmología de París, Sociedad Argentina de Oftalmología, Sociedad Hispano Americana de Oftalmología de Madrid, Sociedad Oftalmológica del Litoral de Rosario, Argentina, de México, de Cuba. Presidente de la Sociedad Chilena de Oftalmología y del V Congreso Panamericano de Oftalmología realizado en Santiago en 1956. Por último, fue designado representante de América Latina ante el Consejo Mundial de Oftalmología.

Así como vivió en su serenidad de hidalgo y de cristiano, así rindió su espíritu un 10 de abril de 1962. En esa ocasión el Dr. Alberto Gormaz nos dice acongojado "que quedó entre nosotros, mientras nosotros duremos, quedó y queda en los pasillos de la Clínica, donde aún resuena su voz afable, queda en los rincones silentes de la Biblioteca, ojeando a los acompañantes de tantas y tantas noches. Quedó en sus pacientes, devueltos al mundo de la luz o consolados de su pérdida por su piedad. Quedó en sus hijos y en sus nietos conservado en rasgo y en amor, quedó en su amantísima esposa".

Para terminar quiero expresar que para mi fue un hombre universal, un expositor brillante de fácil y elegante palabra y de gran elocuencia y cultura. Pero al mismo tiempo sabía encontrar el goce en rasguear una guitarra con los aires nostálgicos de la música andaluza o de una canción chilena, pues tenía un oído privilegiado para la música y para los idiomas. Gozaba con los espectáculos que brindaba a sus ojos la Naturaleza, esa enigmática poesía como dice Montaigne, del mar y de sus olas, del campo sus praderas y sus montañas, gustaba del paseo en su caballo y disfrutaba del paisaje, del aire y del verdor, así como también de la conversación de nuestra sencilla y noble gente campesina; en fin, era espontáneo, auténtico sencillo y tierno como un niño.

NOTA BIOGRAFICA DEL AUTOR:

Doctor José Espíldora Couso.

Ver "Educación Médica" Nº 6, 1988, pág. 232.

Dr. Rodolfo Rencoret D.*



AUTOR:
Dr. Hugo Salvestrini R.

* Discurso leído en la Sesión Nº 206 de la Academia Chilena de Medicina, del 21.08.85.

Debo agradecer a los miembros de la Academia el haberme otorgado el privilegio de rendir un homenaje al profesor Rodolfo Rencoret Donoso. Haré una breve reseña biográfica.

Nace en Talca el 26 de junio de 1902. Sus padres fueron el abogado don Rodolfo Rencoret Bravo y su madre la Sra. Rosa Donoso Rencoret. Ambos pertenecían a ilustres familias talquinas. Tuvo dos tíos médicos, los doctores Juan y Manuel Rencoret Bravo. Su madre era nieta de doña Mariana Silva Vergara de Garcés, ilustre dama que mantuvo contacto epistolar con Don Bosco y facilitó la venida de los Salesianos a Chile.

Por el lado paterno tuvo distinguidos parientes médicos. Su abuelo fue don Mateo Donoso Cruz, apóstol en su profesión y Miembro Académico de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile. Era primo suyo el afamado profesor doctor Marcos Donoso Donoso, Maestro de la Cirugía Chilena. Un primo más cercano es el profesor Alberto Donoso Infante, destacado docente y brillante Miembro de Número y actual Secretario de la Academia de Medicina.

Cursó con brillo sus estudios de Medicina, haciéndose acreedor al Premio "Clin" por haber sido el mejor alumno de la promoción egresada en el año 1925. Su tesis versó sobre "Estenosis pilóricas duodenales de origen biliar" y fue patrocinada por el profesor Marcos Donoso Donoso.

Luego de recuperarse en Europa, donde viajó en busca de salud, se integra en París a la Clínica Quirúrgica del profesor Duval y a la Clínica Ginecológica del profesor Faure.

Veintitrés años de su vida están ligados a los servicios de Cirugía y Residencia del Hospital San Borja. Gozó de las enseñanzas de grandes Maestros de la Cirugía, como lo fueron los profesores Luis Vargas Salcedo y Marcos Donoso.

El doctor Rencoret, junto a los doctores Pedro Valenzuela Larraín, Luis Aguilar Pavez, Félix de Amesti Zurita, Roberto Estévez Gordovez, distinguido Miembro de Número de esta Academia, Manuel Martínez Gutiérrez, fueron parte de los discípulos más aventajados de don Marcos Donoso.

En su trayectoria se nota su paso por la Asistencia Pública, Hospital Barros Luco-Trudeau, donde llegó invitado por el fundador del Servicio de Urgencia de ese hospital y hoy día brillante miembro de esta Academia, doctor Juan Allamand M., que había sido interno suyo. Allí fue jefe suplente del servicio de Cirugía, Director Técnico del servicio de guardia permanente y de primeros auxilios.

Se desempeña en la cátedra de Medicina descriptiva de la Universidad de Chile (1921-1928). Colaboró con el profesor titular Dr. Roberto Aguirre Luco. De ayudante ad honorem recorre el escalafón, llegando a Profesor Auxiliar.

En 1930, invitados por Monseñor Carlos Casanueva, el profesor Aguirre Luco y el doctor Rodolfo Rencoret ingresan a la naciente Escuela de Medicina con iguales cargos que tenían en la Universidad de Chile. En 1937, al fallecimiento del profesor Aguirre Luco, el doctor Rencoret es nombrado Profesor Titular de Anatomía, cátedra que sirve hasta 1940.

Primer Profesor Titular de la cátedra de Cirugía de la Escuela de Medicina de la Universidad Católica entre los años 1940 y 1965, donde impartió enseñanza durante 25 años.

Durante la gestión del profesor Cristóbal Espíldora L., como Decano de la Facultad, 1939-1953, colaboró en el cargo de Secretario de la Facultad. En 1953 asume el decanato que desempeña durante tres períodos sucesivos (1953-1963). Durante su gestión cabe hacer notar, entre otras muchas realizaciones, la creación de los dos últimos cursos de la carrera, completándose así los estudios de Medicina de la Universidad Católica y obteniendo la autonomía de la Facultad de Medicina. Se implanta un nuevo curriculum de estudios médicos. Gestiona y logra la construcción del pensionado y del Auditorium Paracelso. Se constituyen los servicios de Maternidad, Medicina Nuclear, Traumatología, Neurocirugía, así como el de Cirugía Torácica que pasa a ocupar el sexto piso del hospital. La Escuela duplica el número de matrículas para primer año en 1963.

En la historia de la Universidad Católica, fue el primer laico que desempeñó el cargo de Rector, octubre 1958-enero 1959, mereciendo unánimes elogios y felicitaciones oficiales por su honroso y eficiente desempeño.

Sus publicaciones versaron sobre aspectos científicos y técnicos y principalmente sobre materias docentes. Su dedicación especial fue estimular y dirigir innumerables tesis de Licenciatura, aportando observaciones originales y abriendo nuevos caminos de investigación. Tengo el honor de haber sido considerado como coautor de un trabajo sobre "Ileo" por él inspirado y dirigido. A mi entender el primero de colaboración multidisciplinaria realizado en este país (1943).

Asiste a numerosos congresos internacionales, especialmente en el tema de docencia médica. Así podemos citar los de México en los años 57 y 60, Montevideo 71, Montreal 1961, Londres 1967, etc.

Por invitación de los gobiernos de Estados Unidos, Francia, Israel, Bélgica y España, viaja visitando los centros universitarios y médicos de los respectivos países.

Fue miembro de la Sociedad Chilena de Anatomía Normal y Patológica, Sociedad Médica de Chile, Sociedad de Cirujanos de Chile, Sociedad Chilena e Internacional de Gastroenterología.

Entre numerosas distinciones recibidas cabe destacar: Premio "Clin", otorgado por la Sociedad Médica de Santiago, Miembro Académico de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile, Miembro Académico de la Facultad de Medicina de la Universidad Católica, Socio Honorario de la Sociedad de Cirujanos de Chile, Maestro de la Cirugía Chilena.

Es ordenado Diácono de la Iglesia Católica, siendo el primero en Chile y el segundo en el mundo en recibir tan honrosa distinción.

En 1936 contrae matrimonio con doña Paulina Holley Merino, "Polin" para todos los discípulos y amigos. La familia constituida por siete hijos recibió de esta pareja humana la lección de virtudes encarnadas en sus padres en una convivencia modelo de devoción recíproca. "Polin" luego de la partida de don Rodolfo ha mantenido vivo el culto y la presencia constante de su memoria.

No puedo dejar de rendir aquí un homenaje a los doctores José Estévez Vives y Ricardo Benavente Garcés, sus grandes y leales colaboradores, a los que los unía un vínculo de profunda hermandad.

Los homenajes a él ya rendidos por innumerables personalidades, poseedores de brillantes cualidades literarias, han dado justiciero brillo a la persona de don Rodolfo Rencoret Donoso. Representan un desafío muy difícil de superar. En otras oportunidades observaba lo mismo. Pero mi deseo de expresar una vez más, públicamente, mis recuerdos al Maestro me hace ser irreverente con la crítica que mis modestas palabras puedan provocar. Representan otro intento para transmitir, o al menos intentarlo, alguna de sus enseñanzas y su pensamiento. En esa misma oportunidad expresé una reflexión que por su significado vinculado al quehacer de mi vida misma me permite repetir: —¿Qué sería de nuestra existencia si no hubiéramos encontrado, en el momento oportuno, un hombre capaz de aportar a nuestra existencia una luz nueva?—. Por ese camino pudimos quizás modificar la orientación primitiva y con frecuencia mediocre de nuestra existencia, la que tomó así su ritmo de intensidad imposible de alcanzar, probablemente, por sí sola. Quizás fue su palabra, pero lo más común es que sea el ejemplo viviente. Cuando vemos un hombre de valer, darlo todo para servir a la causa desinteresada y noble, sacrificarse por ella, es difícil resistir tal llamado. Esta influencia, jamás tiránica, nos descubre súbitamente que somos capaces de aspirar a una altura por encima de las pequeñas ambiciones individuales con que nos contentábamos hasta entonces. Que tenemos fuerzas suficientes para elevarnos por sobre lo que habíamos creído ser los límites infranqueables de nuestro yo; que nosotros también podríamos estar hechos para mejores cosas. Hoy cometeré la osadía de apropiarme de este homenaje en una visión personal. La figura del profesor Rencoret en el transcurso de los años, contra-

riamente a lo habitual, se ha ido agigantando y a través de los homenajes a él rendidos se perfila un impulso casi inconsciente que sacude muchas conciencias, que buscan mayor justicia a su memoria.

Se conserva el premio "Rodolfo Rencoret Donoso" que instauramos en mi carácter de su sucesor en la cátedra de Cirugía en julio de 1968. Hoy su busto ocupa un atrio de su querida Escuela de Medicina. Todos estos actos de homenaje a mi entender deben tener por finalidad crear mejor conocimiento de su íntima relación con la época que le tocó vivir. La interpretación de los factores que se debían incorporar al quehacer médico quirúrgico en los aspectos científicos, técnicos y pedagógicos. En el período de 25 años, de 1940 a 1965, en el cual en su carácter de profesor de Cirugía incorpora no sólo el quehacer de su cátedra sino a la Facultad todas las inquietudes que se habían labrado en sus intensas y vividas experiencias. Los que tuvimos la suerte de asistir a ese período histórico de la medicina no sabremos jamás agradecer suficientemente a la Divina Providencia el haber tenido la suerte de vivir en el momento y en el lugar regido por quien tuvo clara conciencia de ese momento crucial que se vivía. Se asistía a la incorporación efectiva y eficaz de la ciencia fisiológica, fisiopatológica, histopatológica a la medicina. Dio severa demostración en la organización y creación del servicio de Cirugía. Hasta esa época todo cirujano derivaba necesariamente de la disciplina morfológica, su conocimiento representaba el mejor antecedente para iniciarse en la práctica de dicha disciplina. El doctor Rencoret en su formación no hacía excepción. Durante muchos años fue Profesor de Anatomía de indiscutible prestigio. En la organización de su servicio rompió el esquema. Sin duda representaba un real riesgo sobre todo en una organización llamada a ser escuela en el futuro. Lo afrontó con valentía. Los que iniciamos nuestras actividades en su servicio fuimos reclutados en las cátedras de Fisiología y Fisiopatología. Era una coexistencia nueva en el ámbito. Los ayudantes de Fisiología de la cátedra del Prof. Héctor Croxatto emigraban total o parcialmente a la de Cirugía del Prof. Rencoret. El riesgo de un momento adquirió el carácter de necesidad, no podía la Cirugía en su quehacer estar al margen del conocimiento íntimo y completo de la patología y de las ciencias que la hacían progresar. Ha sido la fórmula que ha permitido los grandes avances que hoy benefician a un cada vez mayor número de pacientes, en un ámbito de seguridad que supera toda imaginación.

Propició con tenacidad la idea de integración y de trabajo en equipo. Esta manera de trabajar tan valiosa en el orden científico y docente para el doctor Rencoret poseía un contenido superior. En el sentido cristiano de una comunidad participante, en la que los éxitos, sacrificios y fracasos son compartidos por todos sus miembros. Exige del individuo una entrega generosa. Controla los individualismos que conducen a la privatización de la persona, desligándola de la comunidad y de su responsabilidad frente a ella. Anula la soberbia, se aprende a servir el prestigio de una comunidad sobre lo personal. Todo es especialmente importante en la disciplina médica. La realización, las posibilidades de desarrollo y progreso exigen una labor armónica, coordinada y responsable en todos y en cada uno de sus niveles. En Medicina esto no es un formulismo, es una obligación perentoria. Es la

Escuela que obliga a posponer las ambiciones personales frente al bien común.

Filósofo de pocas palabras, de síntesis apretada; enjundioso en los escritos. En su hacer más que en su decir manaba enseñanza. En la época que vivimos, la norma parecía residir en ignorar y condenar todo el pasado. Vivir como si nada hubiera existido antes. Los males individuales y colectivos emergen "de algo". Seríamos incapaces de enfrentar los problemas de hoy sin conocer o, al menos, esforzarnos por saber cómo y dónde se originaron y cómo fueron enfrentados en sus comienzos. Si se es acucioso se verá que lo que consideramos actual ya ha sido por lo menos observado y objeto de análisis e interpretaciones. Nuestra ignorancia, casi voluntaria sobre lo que otros han hecho o expresado, nos sumerge en una invalidez, en una orfandad para juzgar. Para sentirnos menos dependientes, nuestro subconsciente va suprimiendo los vínculos con la fuente del saber que es obra de muchos.

El profesor Rencoret era la antítesis de este proceso. Su modestia y humildad fluían del respeto y conocimiento que sentía por todos los que habían, con esfuerzo e inteligencia, hecho posible determinados avances. Esta manera de ser no sólo se proyectaba al pasado, se hacía presente en su actitud generosa de hacer, exigiendo el máximo de sí mismo y de dejar hacer. Nos enseñó que las cosas importantes se realizan con pocas palabras, pero con ideas claras, gran generosidad y entrega, con mística que interprete el ideal que se sirve. Ideas claras al servicio, más que de una planificación, de una realización. Sus autorizaciones a las proposiciones, que las exigía muy justificadas, eran breves: sí o no. Los que recibían el sí, era todo lo que tenían. El, luego, sólo observaba. En este terreno muchos tuvieron éxito, otros fracasaron. Nunca nadie que mostrara capacidad, esfuerzo y dedicación dejó de progresar en el logro del desarrollo de determinada disciplina. Había que hacer primero, mostrar realizaciones. Sin otra exigencia, iniciaba su labor tenaz y silenciosa para obtener ayuda y apoyo para ello. Para dejar hacer y reconocer los méritos de los que desean progresar sin hacer distingos, se requiere de un espíritu generoso. El profesor Rencoret poseía ese don superior y natural. Vivimos el dolor y el honor de sucederlo; una vez huérfanos de él nos esforzamos en seguir sus enseñanzas. Fue la simiente por él dejada la que brotó en tierra fértil. Los frutos recogidos han sido el producto más que de un tecnicismo científico material, del empeño en que cada uno de sus seguidores supieron encontrar su profunda identidad y dignificación en su quehacer, exclusivamente en él: Las normas de no ignorar el trabajo de todos y de cada uno. Hacer prevalecer el concepto que permitía luchar por poder hacer, y jamás por el poder.

Así, a través de ésta que parece simple fórmula, se logró el despegue de todas aquellas disciplinas que mostraron una capacidad especialmente humana. No sometidas al proteccionismo, pero sí atento y cauteloso de la fuerza natural que las hacía emerger. Es el gesto paradójico que en el quehacer hace incompatible una creación sólida con una planificación divorciada de realidad. Cuando todo está creado, incluso con el impulso que lo proyecta al futuro, aparecen las llamadas racionalizaciones y planificaciones, términos en que se ampara la ingratitud que levanta una cortina de humo para desplazar al creador original.

Es una labor en la que se ha empeñado la Academia de Medicina. Rinde culto y homenaje a aquellos que son ignorados pero que fueron los forjadores de las bases en que descansa nuestro quehacer de hoy. Aquí repetiré como dice Barrington Moore: "Para que los hombres del futuro puedan romper las cadenas del presente es preciso que comprendan las fuerzas y las ideas que las forjaron". Cumplimos con esta misión que mira al pasado. No aceptamos el divorcio entre las Ciencias y el Deber Moral con los cultores de ella pero debemos ser justos: La Ciencia Médica, haciendo excepción de las Ciencias Históricas, es de las pocas que en su más humilde trabajo científico en su presentación se lee: "En el año x Fulano de tal..." es un homenaje y un acto de justicia. La Academia se dirige directamente en su acto de justicia colocando al personaje en el marco de la Historia. A muchos de nuestros próceres científicos los conocemos por determinado estudio o técnica por él realizado. Aquí los queremos conocer y dar a conocer como seres humanos en sí mismos. Los encargados de estos tributos y homenajes son elegidos de entre aquellos que estuvieron ligados a esos seres que de una u otra manera alumbraron su camino y fueron decisivos en el destino emprendido. El juramento hipocrático de "Honrarás a tus Maestros en este arte como a tus Progenitores", no obliga a un culto ajeno a la responsabilidad del Maestro. Ha sido esto que abundando en enseñanza, generosidad y sabiduría supo labrar las rocas para abrir el camino a las nuevas generaciones. Ese significado de Maestro, título que aunque muchas veces no concedido, todo médico que se precie de tal, lleva en su corazón para el bien de la humanidad doliente. El doctor Rencoret era un verdadero Maestro coincidente con el decir de Marañón: "el profesor sabe y enseña. El Maestro sabe, enseña y ama y sabe que el Amor está por encima del saber y que sólo se aprende de verdad lo que se enseña con Amor".

La personalidad del recordado Maestro y Amigo me hace recordar lo que Marco Aurelio dice de Sixto a quien agradece sus enseñanzas.

Ejemplo de autoridad paternal. Seriedad sin afectación. Busca siempre aquello que pueda complacer a sus amigos. Soporta con paciencia a los necios y discursos vacíos. Alma imperturbable pero llena de bondadosos sentimientos para con el prójimo. Sabio sin ostentación.

NOTA BIOGRAFICA

Dr. Hugo Salvestrini Ricci. Nació en Capitán Pastene el 5 de febrero de 1916. Inició sus estudios en la Pontificia Universidad Católica de Chile y los concluyó en la Universidad de Chile, donde se recibió de Médico-Cirujano en 1941.

Su comienzo como ayudante de fisiología en la cátedra del profesor Héctor Croxatto fue trascendente en la introducción del enfoque fisiopatológico de la cirugía, disciplina a la que se incorporó en 1942, como ayudante del profesor Rencoret. Esta orientación quirúrgica funcional, su formación en cirugía torácica junto al profesor R.H. Overholt, en Boston, y su extraordinario empuje, significaron que, junto con poner en marcha el Departamento de Cirugía Torácica, en la Universidad Católica

(1947), pasara a ser uno de los pioneros más destacados de la moderna cirugía torácica en Chile.

Cumplió todos los tramos de la carrera académica hasta llegar a Profesor Titular de Cirugía, en 1965, y sucedió al Dr. Rencoret en la jefatura del Departamento de Cirugía, en el período 1964-1970. En la Facultad de Medicina de la Pontificia Universidad Católica fue secretario de graduados (1968-1970) y Decano (1971-1973), caracterizándose por su gran capacidad creadora y organizativa. Fue el promotor e iniciador de las unidades integradas medicoquirúrgicas. Con el apoyo de las Fundaciones Rockefeller y Gildemeister realizó actividades de formación y perfeccionamiento en su especialidad, tanto en USA como en Europa.

Es autor de más de 150 publicaciones científicas, todas de gran nivel, que versan especialmente sobre cirugía torácica, en relación con la patología pulmonar, cardiovascular y esofágica.

Por la calidad de sus trabajos recibió premios de la Sociedad de Fisiología (1949), Sociedad Médica (1952-1954), Fundación Lucas Sierra (1952), Sociedad de Cirujanos de Chile (1963-1964) y Laboratorios Chile (1967).

Es miembro de diversas sociedades científicas y ha participado en numerosos cursos y congresos, tanto nacionales como internacionales. Entre otros cargos honorosos se destacan: presidente de la Sociedad Chilena de Enfermedades del Tórax y Tuberculosis (1959-1961), Presidente de la Sociedad de Cirujanos de Chile y de la Sociedad Chilena de Cardio-

logía (1970-1971). Miembro de Número de la Academia de Medicina del Instituto de Chile, desde 1972. Director Vitalicio de la Fundación Gildemeister. Presidente del Colegio Médico de Chile (1974-1976). Maestro de la Cirugía Chilena (1982). Recibió Diploma de Honor como Hijo Ilustre de la Medicina Chilena, en el sesquicentenario de su institución en la República de Chile (1983). Condecorado Pontificio de la Orden de San Silvestre (1982).

Desde 1975 ha trabajado infatigablemente en la organización, habilitación y puesta en marcha de la Clínica INDISA, de la cual, desde 1984, es director ejecutivo. Además, es médico jefe de las divisiones Hospitalización, Diagnóstico y Servicio de Urgencia, cargo que desempeña hasta la fecha.

Dr. Fernando García-Huidobro T.



AUTOR:
Sr. Andrés Diamante N.

Para referirnos a un hombre de una personalidad tan rica e interesante como fue el Dr. Fernando García-Huidobro, parece apropiado que iniciemos esta breve reseña a partir de sus años de estudiante de medicina en la Universidad de Chile, de la cual recibió su título de Médico-Cirujano en 1935.

Ya desde sus tiempos de estudiante comienza a demostrar su extraordinario talento e interés en las ciencias básicas, así es como fue ayudante de fisiología en el primer curso de nuestra Escuela en 1930, permaneciendo como tal hasta 1937. Los alumnos de esos años pudieron apreciar el interés, la dedicación y la claridad del entonces alumno-ayudante que, junto con gran paciencia y bondad, aclaraba dudas y cimentaba conocimientos. Sin duda, aquellas jornadas de fisiología, que se inician en nuestra Universidad con el Prof. Dr. Jaime Pi Suñer, continúa luego por un breve período con el Prof. Dr. Ignacio Matte, para consolidarse definitivamente con el Prof. Dr. Héctor Croxatto, dejaron una huella indeleble en la personalidad científica del Dr. García-Huidobro.

Luego de recibirse en 1935, trabaja como Profesor Auxiliar de Fisiología en nuestra Escuela desde 1937 a 1939. Después va a Bolivia, en donde ocupa el cargo de Profesor Titular de Bioquímica y de Fisiología en la Escuela de Medicina de la Universidad de Cochabamba. Gana, entonces, una beca de la Fundación Guggenheim en 1941, haciendo, de esta manera, sus estudios de posgrado en el Laboratorio de Fisiología de la Universidad de Harvard, bajo la tutela del profesor Walter B. Cannon. A su regreso desde Estados Unidos pasa a Argentina, donde continúa sus es-

tudios en la Universidad de Buenos Aires junto al profesor Bernardo Hussey. Una vez que regresa del extranjero, asume el cargo de Profesor Asociado de Farmacología y pocos años después el de Profesor Titular.

Pero veamos cuál era la situación en nuestra Escuela en esa época. En 1950 el entonces Departamento de Farmacología y Química Biológica se dividió en tres: uno de farmacología, otro de bioquímica y un tercero de neurofisiología. El nuevo Departamento de Farmacología queda a cargo del Dr. García-Huidobro. Escuchemos al Dr. Jorge Lewin: "Durante esta etapa, la actividad científica se agrupó en dos líneas; la primera versaba sobre la farmacología de la unión neuromuscular y la segunda sobre la relación estructura química-actividad farmacológica de las aminas adrenérgicas. Esta última resultó de la fructífera colaboración de dos personalidades bastante diferentes, pero animadas ambas de igual entusiasmo creador. El farmacólogo Dr. García-Huidobro, investigador infatigable, riguroso y metódico hasta la exageración, y el Dr. Raúl Croxatto, el biólogo molecular de brillante inteligencia y de imaginación desbordante". Creemos que no hay nadie mejor que el Dr. Raúl Croxatto para contarnos sobre esta fértil asociación: "Inspirados en publicaciones de Linus Pauling sobre especificidad de la inmunorreacción, por una parte, y en la búsqueda de la respuesta a una serie de interrogantes en el campo farmacológico; por la otra, planteamos con el Dr. García-Huidobro un estudio sobre el papel desempeñado por la forma molecular y su complementariedad de superficie con un supuesto receptor. Esta investigación fue agraciada con el 'Premio Ardit y Corry' en la Sociedad de Biología (1951)." Debemos destacar que esta línea experimental se mantiene entre las investigaciones nacionales que más menciones ha recibido en publicaciones científicas calificadas del extranjero.

Por aquel entonces, el Dr. García-Huidobro fue elegido Vicepresidente y luego Presidente (1956-1958) de la Sociedad de Biología de Santiago.

Algún tiempo después, el Dr. García-Huidobro inició otra línea de trabajo que le daría renombre internacional: La dependencia a morfina, utilizando la aplicación de comprimidos o "pelets" subcutáneos del alcaloide. Esta forma de administración, que permite una entrega continua y prolongada del alcaloide, le permitió producir tolerancia a morfina en ratones, estudiar diversas influencias en su evolución y desencadenar el síndrome de privación, luego de su extracción al cabo de unas semanas. Este procedimiento dio lugar a toda una serie de trabajos extranjeros, siendo citado en ellos como el "Método García-Huidobro".

No es nuestro deseo el dar una lista exhaustiva de sus trabajos, y aun si lo deseáramos por razones de espacio nos sería imposible. Baste decir que más de ciento cuarenta publicaciones en revistas nacionales y extranjeras avalan su extraordinaria actividad académica. Sólo por citar algunos, para demostrar la enorme variedad de campos que abarcó: "The secretion of Renin by the intact kidney", "Fisiopatología del esfínter de Oddi", "Semiología de la diarrea crónica", "Acción desfatisante de la cafeína", "Algunas acciones del potasio en la transmisión neuromuscular", "Venenos ofídicos y presión arterial", "Posición del corazón y forma de los extrasístoles", etc.

Un gran número de investigadores y médicos trabajaron en asociación con García-Huidobro, dando cada uno de ellos testimonio de la capacidad y

disciplina de éste, por nombrar sólo algunos de ellos tenemos a los Drs. R. Croxatto, J. Luco, H. Salvestrini, H. Croxatto, J. Lewin, R. Pichard, etc.

No nos es posible concebir a un auténtico hombre de ciencia como don Fernando, desvinculado de la función de enseñar. Allí en la soledad del laboratorio, mientras se van venciendo una y mil dificultades con ingenio, tesón y estudio, surge ese impulso de transmitir lo aprendido, lo sospechado, lo intuitivo. Y es sólo en la exposición en la sala de clases, en el contacto diario con los jóvenes, que recién se inician en el largo camino de la ciencia donde esto es posible. La Universidad es por excelencia el lugar donde se reúnen las condiciones necesarias para ello; es aquí donde el hombre de ciencia se convierte en maestro y guía, él es quien enciende en sus discípulos la llama de la vocación por el saber superior. Sin lugar a dudas, el Dr. Fernando García-Huidobro fue un maestro. En Santiago, Concepción y otros sitios de Chile y América hay destacados discípulos suyos que recibieron el impulso de su espíritu y de su personalidad. Una especial mención debemos hacer aquí a su hijo Juan Pablo, a quien don Fernando tuvo el orgullo de ver convertido en hombre de ciencia. El ha continuado por la senda trazada por su padre, transmitiendo en cada clase su saber y entusiasmo a cada uno de los que hemos sido sus alumnos.

Un auténtico universitario como don Fernando recibió numerosas distinciones, fue presidente de la Asociación Latinoamericana de Ciencias Fisiológicas desde 1957 a 1963, siendo posteriormente honrado con la calidad de Miembro Honorario. La Asociación Latinoamericana de Farmacología le confirmó la calidad de Miembro Honorario en 1977. También la Sociedad de Farmacología de Perú le contó entre sus Miembros Honorarios.

La Sociedad de Farmacología de Chile contó entre sus primeras autoridades máximas en el Directorio fundador al Dr. Fernando García-Huidobro. Ninguna de estas distinciones y honores le envaneció ni cambió la sencillez que lo caracterizó siempre.

Sin duda, el Dr. Fernando García-Huidobro consideraba que las universidades, por encima de situaciones contingentes, son baluartes de los valores supremos de la ciencia y la cultura. A ellas debemos de entregar lo mejor de nosotros sin escatimar esfuerzo. Así es como aceptó la Dirección de la Escuela de Medicina primero y más tarde el Decanato de la Facultad. Su sencillez y modestia quedan reflejadas en sus palabras al asumir el Decanato: "Estoy sinceramente perplejo, confuso, desorientado a la par que he contraído una deuda muy grande. He querido reunirlos para expresarles los hondos sentimientos de gratitud a todos los que se fijaron en mi persona"; más tarde agregó: "Si no estuviese segurísimo de que el sacrificio que se me pide es parte del Plan Divino, no hubiera habido fuerza humana que me hiciera aceptar este Decanato que nunca he deseado. Si el ilustrísimo señor Rector o ustedes tienen en este momento el más leve asomo de dudas, pueden disponer de esta silla con la más sincera aceptación de mi parte".

A partir de ese momento se consagró con todas sus fuerzas y dedicación a la función que le había sido entregada, mientras su salud se lo permitió.

Nuestra Universidad le confirió en 1973 el grado de Profesor Emérito, como una forma de reconocimiento a su excelencia académica y sus excep-

cionales condiciones personales. Don Fernando puso todo ello al servicio de nuestra casa de estudio, para gloria de Dios y de nuestra Patria.

No podemos dejar de mencionar aquí su extraordinaria fe y su vida de cristiano auténtico, porque no hay forma de llegar a ser un maestro si no es siguiendo la enseñanzas del Maestro por excelencia. ¿Cómo poder dar lo mejor de sí cumpliendo las funciones que le fueron dadas si no es teniendo la plena certeza que cumplía con la voluntad de Dios?

Luego de su jubilación en 1970, se dedica durante un año a enseñar, pero esta vez con la palabra de Dios, dando charlas, visitando enfermos, en lecturas bíblicas. Al cabo de un año el Señor le devuelve a nuestra Casa. Y llega donde amigos, al laboratorio del Dr. H. Croxatto, donde reasume su actividad investigadora. Después de un año, y con la modestia, sencillez y humildad que siempre le caracterizó, solicita permiso al Dr. J. Lewin, entonces Decano de Ciencias Biológicas para volver a Farmacología, donde permaneció trabajando como siempre: tranquilo, metódico, metuculoso.

Su muerte, a través de un año de pesares y sufrimientos, aconteció en la Semana Santa de 1980, su Señor, al que sirvió con lo mejor de sí, le concedió celebrar su Pascua de Resurrección con El. Así lo creemos, así lo sentimos. Partió pero dejó tras él innumerables amigos y discípulos agradecidos de sus enseñanzas y ejemplo de vida cristiana.

NOTA BIOGRAFICA:

Andrés Diamante Navarro. Nació en Santiago el 7 de noviembre de 1964. Cursó sus estudios primarios y secundarios en el colegio "La Salle", de Santiago.

En 1983 ingresó a la Escuela de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile, donde actualmente cursa el quinto año.

Dr. Roberto Barahona S.



AUTOR:
Dr. Ignacio Duarte García de Cortázar

Cuando en 1964 el Dr. Fernando García Huidobro renunció voluntariamente al cargo de Decano de la Facultad de Medicina, el Rector Monseñor Alfredo Silva Santiago consultó a los profesores titulares y a muchos de los entonces llamados “profesores asociados o auxiliares” de la Facultad. En esa encuesta, privada y por grupos, el Rector supo que más de los dos tercios de los profesores consultados favorecían al Dr. Roberto Barahona, y acogió esa opinión en decreto del 5 de mayo de 1964, en que formalizaba el nombramiento del Dr. Roberto Barahona Silva como Decano, a partir de esa fecha, y por un período de tres años.

El nuevo Decano era un hombre de 55 años, de reconocido prestigio por su formación científica y su ilustración humanística de gran profundidad. Dotado de una inteligencia clara, emitía juicios rotundos, expresados en un lenguaje elegante y conciso. Independencia intelectual, sutil ironía, coraje para llamar a las cosas por su nombre e intransigencia para defender lo que consideraba verdadero o correcto, constituían rasgos destacados de su personalidad. Dedicaba todas sus energías a la causa de la Universidad, a la que se había entregado por completo a través de la enseñanza, el impulso a su desarrollo y la lucha por su autonomía.

Roberto Barahona Silva había nacido en Santiago el 10 de octubre de 1908, hijo del Dr. Roberto Barahona Novoa y de la señora Aurora Silva Lira. Hizo sus estudios primarios y secundarios en el Liceo Alemán de Santiago, rindiendo el examen de Bachillerato en 1925 con una de las más altas calificaciones.

Estudió medicina en la Universidad de Chile, donde fue ayudante de la Cátedra de Biología General, del profesor Juan Noé, en 1928 y 1929. Obtuvo el título de Médico-Cirujano en 1933.

Se incorporó a la Escuela de Medicina de la Universidad Católica desde el primer año de su funcionamiento efectivo en 1930, como ayudante de la Cátedra de Biología General, del profesor Gilberto Rahm, reputado zoólogo alemán. La inadaptación del profesor Rahm al ambiente universitario del momento, su limitado dominio del idioma castellano y sus personales concepciones sobre el desarrollo de la enseñanza no tardaron en crear una situación crítica de deficiencia en la naciente Escuela de Medicina. Hubo fundados temores de un fracaso masivo en los exámenes anuales que entonces eran controlados por la Universidad de Chile. Los alumnos se acercaron a Roberto Barahona y Arturo Atria y les pidieron un curso paralelo. Autorizadas estas clases por la Dirección, el profesor Rahm se consideró menoscabado, y a poco de iniciadas, los ayudantes Barahona y Atria debieron renunciar a sus cargos expulsados por el profesor.

El curso siguió adelante en forma clandestina, en horas de la tarde y noche, en casas particulares y aun en plazas de Santiago, a veces usando el suelo como pizarrón.

El éxito de los exámenes fue el comienzo consagrador de la carrera "oficial" de Roberto Barahona en la Facultad de Medicina de la Universidad Católica. Profesor Auxiliar de Biología hasta el término del contrato del profesor Rahm y luego, mientras se ejerció transitoriamente, en la Cátedra del profesor Carlos Porter. En 1934 fue nombrado Profesor Titular de Biología General, cargo que ejerció hasta 1944.

En esa época Roberto Barahona tomó una decisión trascendental: dejó el ejercicio de la biología y de la medicina clínica para dedicarse al estudio de los problemas que plantea la enfermedad en general: la patología. Probablemente esta decisión estuvo en alguna forma influida por el ejemplo de su padre, profesor de Patología General en la Escuela Dental de la Universidad de Chile, quien, más de una vez, le había expresado: "no puede ser buen médico quien no conoce a fondo la patología general". En este audaz cambio de orientación profesional el Dr. Barahona fue apoyado irrestrictamente por su esposa, doña Carmen del Solar Ossa, con quien formó una alegre familia de diez hijos.

Se formó en anatomía patológica con el profesor Ismael Mena, discípulo de Max Westenhoeffer quien, a su vez, lo había sido de Virchow, el formulador de la teoría de la patología celular. Durante años, en el Hospital del Salvador, practicó incontables autopsias, cada una estudiada como si fuera la primera y última de su vida, con la pasión de quien vive una novela policial; con la sistematización y objetividad del científico que está desentrañando los misterios más complejos del cuerpo humano, y con el recogimiento del creyente que admira la obra del Creador.

Fue nombrado Profesor Titular de Anatomía Patológica de nuestra Escuela de Medicina en 1945. Su obra empezó con pocos medios materiales, pero con gran entusiasmo y absoluta dedicación. Como profesor de Patología General y Anatomía Patológica contribuyó a modelar a generaciones de estudiantes de medicina, con un fuerte énfasis en la formación sobre la información, insistiendo en el empleo del lenguaje apropiado, la importan-

cia de la observación, la descripción metódica y objetiva y la interpretación de lo observado a la luz de conocimientos teóricos ordenados en una doctrina general. Todo esto, enriquecido desde la perspectiva de su sólida formación en biología y humanidades.

La atrayente personalidad del profesor Barahona indujo a generaciones de jóvenes médicos a dedicarse a anatomía patológica, que hasta entonces no constituía un área de interés vocacional.

Cuando asumió el Decanato formó el equipo directivo con su entrañable y leal amigo el profesor Fernán Díaz, en la Dirección de la Escuela de Medicina. Contó, además, con la colaboración de Sor Paula Puelma, como Directora de la Escuela de Enfermería, y del profesor de microbiología Manuel Rodríguez, a cargo de la Secretaría de la Facultad.

Las líneas directrices de su labor como decano pueden resumirse como sigue: elevar la dignidad académica de la Facultad, ampliar el campo clínico para el aumento de alumnos por curso que había experimentado la Escuela de Medicina desde 1963, desarrollar más las ciencias básicas, estructurar una planta de profesionales de colaboración médica en el hospital clínico.

Se transcriben a continuación, en las propias palabras del Decano Barahona en su cuenta del 22 de abril de 1966, algunos de los hitos más importantes de su gestión:

“En primer lugar fue un avance en la vida universitaria el procedimiento de designación de las autoridades. Por primera vez al designar decano, el Rector escuchó la opinión de todos los profesores titulares de la Facultad. Al designarme, teniendo en consideración que la gran mayoría de los profesores recomendó mi nombre, el señor Rector me confirió, en razón misma del procedimiento, una extraordinaria autoridad, que, lógicamente, se ha reflejado en la colaboración de que he dispuesto durante mi gestión.

“Es un avance que no debe perderse de vista el que el decano inicie su período con una definición de sus puntos de vista sobre la labor universitaria en general y sobre la orientación a su gestión. En este sentido, en documento leído en la primera sesión de la Facultad que presidí y repartido después a toda la Facultad, afirmé que era mi propósito cohesionar la Facultad y robustecer su vida académica; que pretendía orientar la enseñanza de la Escuela de Medicina hacia dos fines precisos: la preparación de un médico eficaz y la formación de científicos y docentes en los centros que están preparados para asumir tal tarea. Definí, también, el significado confesional de esta Universidad.

“Ha constituido un progreso la incorporación a las actividades directivas de un número cada vez mayor de profesores, que han colaborado en todas las misiones que les ha encargado la Dirección... Los trabajos de la Comisión de Selección, de la Comisión de Docencia, de la Comisión de Reglamento y las labores específicas que a diversos profesores se han encomendado han representado un alivio extraordinario a las pesadas tareas del decano y de los directores.

“Ha sido una innovación la celebración de reuniones académicas que han enriquecido nuestra vida y nos han prestigiado en los medios universitarios. Se estableció la costumbre de incorporar solemnemente a los nuevos profesores titulares; se estableció la costumbre de inaugurar oficialmente el año

académico con reuniones destinadas al Pleno Universitario, algunas, a los profesores otras y a los alumnos otras; se creó la medalla por servicios distinguidos y se concedió a grandes benefactores de nuestra Facultad en ceremonias que todos recuerdan. Se ha introducido la costumbre de celebrar sesiones de Facultad con temas de importante significado universitario...

"Se ha innovado fundamentalmente en la confección del presupuesto. Este ha dejado de ser un documento secreto: es elaborado por los profesores y jefes de Departamento, quienes presentan su programa al decano; éste los revisa, discute con sus formuladores y modera y coordina, con el esfuerzo general, para luego transformarlos en el documento presupuestario. La Facultad ha estado informada constantemente sobre la magnitud de nuestros presupuestos y sobre los fundamentos de sus diversos rubros... La formulación de una Nueva política educacional en medicina nos ha llevado a reestudiar el curriculum y las condiciones de trabajo de sus ejecutores. Persiguiendo esta finalidad se ha proyectado reordenar la enseñanza del segundo semestre del tercer año hasta el internado... Se ha modificado profundamente la enseñanza de medicina y cirugía gracias a la creación de las unidades de especialistas; se ha formulado un nuevo plan de internado que casi duplica el actual tiempo vigente. Para mejorar la formación de los alumnos que harán un entrenamiento tan intensivo en clínica se ha estimulado hasta donde ha sido posible el incremento de las cátedras básicas, tanto en el espacio que ocupan como en el equipo, personal y asignación, convencidos, como estamos, de que el paso y el estilo que se adquieren en los primeros años son los que predominarán en el futuro del médico.

"Esta modificación de la enseñanza médica permitió a esta Facultad extender su enseñanza a los establecimientos clínicos del Hospital Trudeau.

"Para mantener la influencia de la Facultad sobre los graduados y en general sobre el mayor número de egresados de la Escuela de Medicina, se convino con la Escuela de Graduados de la Universidad de Chile y con el Servicio Nacional de Salud un plan coordinado de trabajo con el Hospital Regional de Talca.

"La convicción muy profunda sobre la importancia que alcanza la enfermería en un hospital moderno, me llevó a crear el Departamento de Enfermería. De igual manera me preocupé de hacer real la calidad universitaria de la Escuela de Enfermería, cuya directora forma parte de nuestro Consejo Académico.

"Hemos estado directamente ocupados en la remodelación del antiguo edificio de ingeniería para dar a las cátedras de farmacología, bioquímica y microbiología la situación honorable a que tienen derecho. Hemos dedicado particular atención a la instalación de la biblioteca y a su progreso, para lo cual se ha designado un subdirector de la Escuela con esa única responsabilidad. Se ha destinado un espacio adecuado para los alumnos y para el centro de medicina, que lo necesitaban y lo merecen".

Para continuar con el ambicioso plan de progreso académico de la Facultad el decano Barahona presentó, a comienzos de 1966, un presupuesto anual, que fue rebajado en un 27% por el Consejo Superior de la Universidad. Una comisión designada por el Rector para tratar esta discordancia reconoció la justicia de las solicitudes; pero adujo que la Universidad no estaba en condiciones de satisfacerlas.

El profesor Barahona consideró que no podía seguir dirigiendo una Facultad sin los medios para hacerla vivir de acuerdo con los planes que él se había trazado. Por tal motivo presentó su renuncia al cargo el 22 de abril de 1966, retornando a sus labores docentes y administrativas en anatomía patológica; pero nuevas tareas de proyección nacional lo aguardaban.

Fue incorporado como miembro de la Academia de Medicina del Instituto de Chile en junio de 1966, en cuyo seno se entregó con entusiasmo al análisis de los principales problemas académicos y técnicos de la medicina en el país.

El mismo año el Presidente de la República don Eduardo Frei lo designó primer presidente de la Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica, cargo que detentó hasta 1970. Bajo el liderazgo del Dr. Barahona se organizó sólidamente dicho organismo.

En 1970 volvió de lleno a sus labores en la Universidad, las que nunca había abandonado por completo. Desplegó variadas y muy valiosas actividades: colaboró en cuerpos colegiados y en comisiones a la discusión de los problemas de la Facultad; enseñó patología general y anatomía patológica en su tradicional clase a los alumnos de tercer año a las dos en punto de la tarde; orientó la especialización de nuevas generaciones de patólogos, proponiendo, además, al Ministerio de Salud un plan nacional de formación de médicos anatomopatólogos e inspirando, años después, la creación de la Sociedad Chilena de Anatomía Patológica; escribió dos tomos de sus "Lecciones de patología general" y varios trabajos relacionados con la historia de la medicina. Ejercía su don de buen consejo, recibiendo en su oficina a estudiantes, médicos becarios, funcionarios, docentes y autoridades académicas, para quienes estaba siempre disponible sin distinciones y sin prisa.

Sus meritorios servicios a la Universidad recibieron un justo reconocimiento en 1980 cuando, junto a otros siete profesores de la Facultad, fue condecorado por S. S. Juan Pablo II con la investidura de Caballero Comendador de la Orden de San Silvestre Papa.

En el año 1982 su energía había menguado notablemente bajo el efecto de una enfermedad insidiosa. Continuó, sin embargo, haciendo sus clases hasta pocos meses antes de su muerte, la que recibió después de sobrellevar el sufrimiento con cristiana entereza. El 2 de agosto de ese año fue a reunirse con su único Señor.

Entre las muchas sobresalientes actividades del Dr. Roberto Barahona Silva hay una que lo define y cuya memoria perdurará: la docencia. Fue un auténtico maestro, que en la enseñanza de pregrado, al formar médicos, formó personas, y que en la docencia de posgrado creó una Escuela de Anatomía Patológica, logro señero en la historia de esta disciplina en Chile.

Otras Fuentes Bibliográficas sobre el Dr. Roberto Barahona Silva

Neghme, A.: "Figuras señeras de la medicina chilena: Prof. Dr. Roberto Barahona Silva". Instituto de Chile, Academia Chilena de Medicina. Editorial Universitaria, Santiago, 1985. Contiene los siguientes artículos:

Neghme, A.: "Tributo al académico profesor Dr. Roberto Barahona S."